

Ediciones Biblioteca Film
Serie Especial

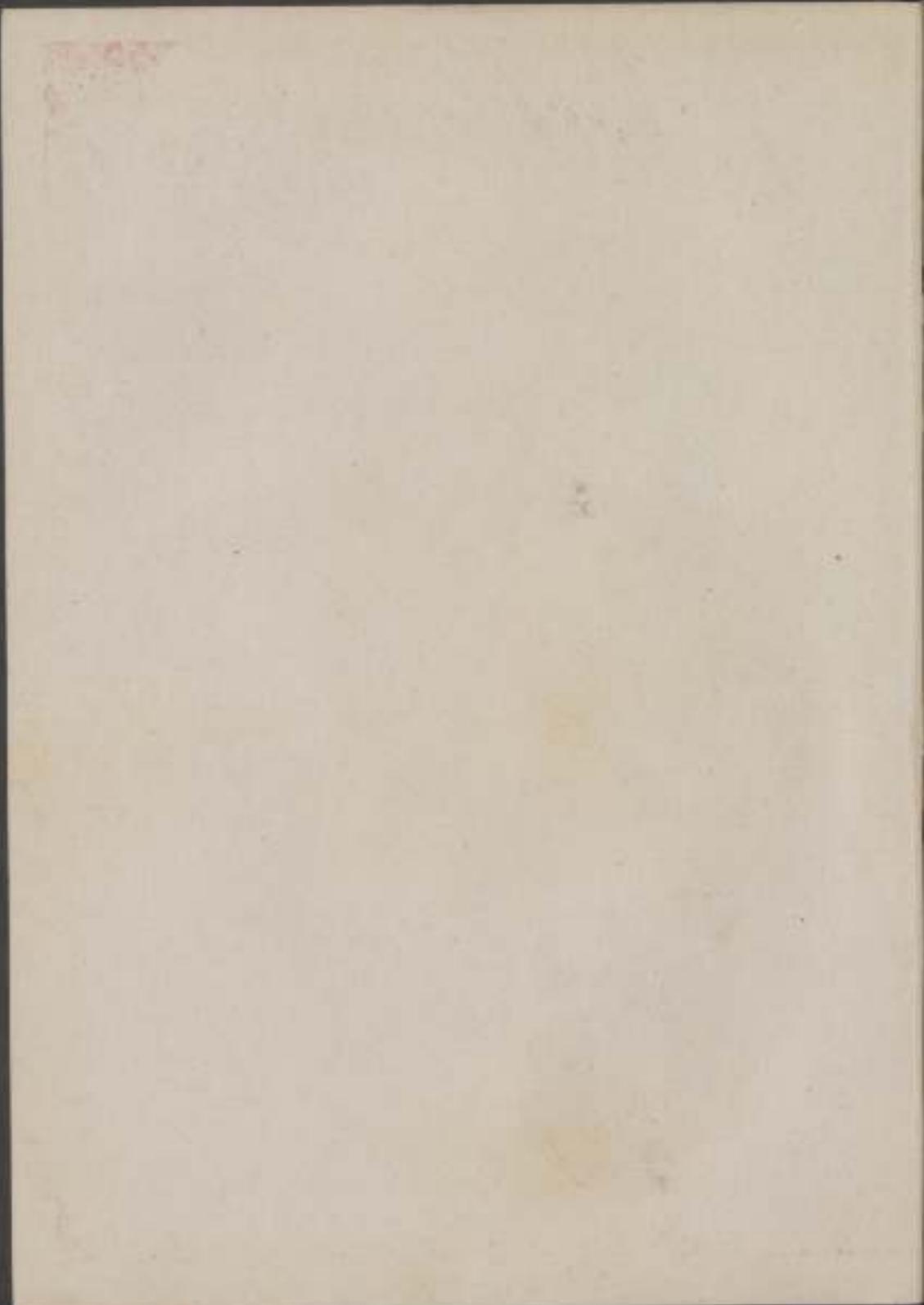
Una Mujer INTERNACIONAL

Honra George
MASSEY · BRENT

Basil RATHBONE

Editorial **ALAS**







UNA MUJER
INTERNACIONAL

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbá, 16, Barcelona - Tercera, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NUM. 115

NUM. 362

UNA MUJER INTERNACIONAL

Una bellísima mujer, cantante de fama internacional, es perseguida a través de dos continentes por dos hombres que la admiran; pero que tienen que investigar el motivo de sus actos, dando origen a divertidas situaciones, emocionantes hazañas y una amistosa rivalidad, en las que el amor y el deber luchan para terminar de una manera distinta de todas las historias de pasión.



Distribuida por
Producciones Cinematográficas Rosa - Films, S. A.
Rambla de Cataluña, 62 - Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Tim Hanley</i>	George Brent
<i>Carla Nilsson</i>	Hona Masey
<i>Reggie Oliver</i>	Basil Rathbone
<i>Grenner</i>	Gene Lockhart
<i>Webster</i>	George Zucco

Director:

Tim Whelan

Narración literaria por
Juan Planas

UNA MUJER INTERNACIONAL

Los bombarderos alemanes arrojaban su mortífera carga sobre Londres y las escenas de destrucción y muerte se sucedían a lo largo de las calles, iluminadas por el estallido de las bombas, el chisporroteo de los antiaéreos y el resplandor de los incendios, que los bomberos y voluntarios civiles combatían rápidamente.

Si bien las calles, como es lógico, estaban desiertas, en una de ellas, en cierto grupo de casas, parecían haberse concentrado todas las muestras de vida humana de la gran ciudad británica. En efecto, en un portal, defendido por sacos terreros, había un elegante y apuesto joven que soportaba estoicamente los estragos del bombardeo; en el interior del mismo edificio, una bellísima mujer rubia contemplaba, a través de una ventana, la calle y, con especial atención, la puerta de una casa, en donde un hombre, pergeñado con un hongo, gabardina y paraguas, se había cobijado, intentando disimular la vigilancia a que sometía el edificio que servía de refugio a los otros dos actores de la escena.

Sea porque el bombardeo la aterrorizase, sea porque la vigilancia del hombre del hongo la hubiera impacientado, la joven salió al portal y se acercó a su ocupante, a quien preguntó, recibiendo una mirada de admiración como tributo a su belleza:

— Perdón... ¿Cree usted que ofrece seguridad ir al refugio... al subterráneo?

— No lo creo muy conveniente con este tiempo — contestó el joven humorísticamente —. Está un poco lluvioso.

— ¿Lluvioso? — repitió la recién aparecida —. Ya entiendo... Usted es americano, ¿no es cierto?

— Sí, y usted debe ser la señorita Carla Nilsson.

— Es usted observador — dijo Carla deslumbrándole con una sonrisa.

— ¡Oh! Yo lo sé todo acerca de usted — replicó él con modestia.

— ¿De veras? — murmuró Carla poniéndose repentinamente seria.

— Sí — explicó el joven con entusiasmo —. Usted es muy famosa cantante de conciertos, delicia de fotógrafos...

— Ustedes los americanos son tan malos como los irlandeses — rióse Carla mientras desaparecía su expresión preocupada.

— Bien... muchos de nosotros somos irlandeses.

— ¿Cómo se llama usted?

— Tim Henley.

Se ofrecieron las manos. En aquel instante sonó la sirena indicando que había pasado el peligro. Las manos se separaron, lanzó Carla un suspiro de alivio y Tim exclamó:

— A propósito, hay un refugio muy agradable en el «Boiler Room» del hotel Berkeley...

— Gracias; pero como cesó la alarma no creo que sean necesario ir ahora.

— Yo creo que es muy necesario — corrigió Tim sin desanimarse —. Puede haber otro «raid» en cualquier momento.

— ¿Usted lo cree realmente? — preguntó Carla con una luz de diversión en los ojos.

— ¡Oh, sí! — asintió Tim con calor —. Uno que será peor. Pero en el Berkeley hay completa seguridad. Además, tiene sala de baile, una orquesta y lo que hace falta para tranquilizar nuestros nervios.

— Bien; en ese caso, tal vez los míos lo necesiten.

Tim sonrió satisfecho de su éxito y ofreció el brazo a Carla. Cruzaron la calle. Inmediatamente se destacó tras ellos el hombre del hongo, que les siguió durante bastante rato, antes de que Carla, que miraba atrás con frecuencia, comunicara a Tim sus temo-

res de ser seguidos. Este se burló de sus aprensiones; pero, al llegar al Berkeley, hubo de convencerse de que su hermosa acompañante no se equivocaba: el hombre, efectivamente, les seguía.

Esperó, pues, en la antesala del sótano, a que entrase el hombre del hongo y entonces le abordó, diciendo con sequedad:

— ¿Está usted buscándome?

— Si así fuese, ya le hubiese alcanzado hace mucho tiempo — le contestó sin inmutarse el hombre del hongo.

Tim se quedó corrido, murmuró unas palabras de excusa y entró con Carla en el sótano, mezclándose en la bulliciosa concurrencia. Con toda seguridad, hubiera pensado de otro modo al ver que el hombre del hongo entraba en la cabina telefónica y marcaba un número, pidiendo la comunicación a nombre del sargento Moulton. Así que la hubo conseguido, dijo a su invisible interlocutor:

— Sí, señor. Estoy en el hotel Berkeley; en el refugio...

Tim y Carla, mientras tanto, estaban bailando. Tim, por lo que expresaba su rostro, parecía ser presa de una divertida preocupación, y su compañera, al notarlo, arqueó interrogativamente las cejas.

— Estoy seguro de ello ahora — profirió Tim apartando los ojos del rostro de Carla.

— ¿De qué? — preguntó ella intrigada.

— De haberla visto a usted en alguna parte.

De nuevo cruzó por el rostro de Carla una extraña sombra de cautela, que ocultó acercando su cara al hombro de la pareja. Después sugirió:

— Tal vez en los periódicos.

— No; en alguna otra parte. He tratado de recordarlo toda la noche — suspiró Tim lleno de perolejidad.

— ¿En mi último concierto? — le ayudó Carla con un imperceptible tono agudo en la voz.

— ¡Oh, no! Yo no he ido a ningún concierto aquí.

— ¿A usted no le importa la música? — exclamó Carla.

— ¡Oiga, señorita! — protestó Tim — ¿Es que bailo tan mal?

Dieron varias vueltas a la pista riéndose de la salida de Tim, antes de que éste añadiera con aire de alegría, como quien ha hecho un descubrimiento trascendental:

— ¡Ahora lo recuerdo!... Usted estaba en el consulado de Portugal.

— Es verdad — convino Carla —. Para un visado. Pensaba ir a Lisboa para cumplir un contrato.

— ¿Y por qué no fué usted? — indagó Tim con simpática curiosidad.

— Permanezco aquí con la esperanza de conseguir un visado para los Estados Unidos. Mi agente tiene allí una «tournée» maravillosa para mí.

— Usted debiera tener un gran éxito en América.

— Tal vez, si puedo ir allá.

— ¿Qué dificultades hay? — preguntó Tim al punto.

— He solicitado repetidamente el visado, pero temo que mi pasaporte sea algo viejo.

La música dejó de tocar, impidiendo que Tim proferiese su respuesta. Los jóvenes aplaudieron y se dirigieron a su mesa. En aquel instante, el hombre del hongo ocupaba un sitio desde el que podía vigilar sin dificultades a Carla y a Tim. Pero éstos no se percataron de su entrada, y Tim, después de pedir unas bebidas al camarero, volvió a la carga con una solicitud que tuvo el poder de conmover a la cantante.

— Dígame, ¿dónde fué expedido su pasaporte?

— En mi país... Noruega. Sali apresuradamente después de la invasión y no había tiempo de obtener otro nuevo.

Tim inclinó la cabeza en señal de comprensión y se acercó después a Carla, mientras sus ojos destellaban de entusiasmo ante la idea de lo que iba a decir.

— Tal vez yo pueda ayudarla a conseguir un visado.

— ¿De veras? — murmuró Carla con incredulidad.

Tim puso cara de persona que está contenta de su propia importancia y declaró:

— Yo me hallo aquí tramitando asuntos legales en el consulado de los Estados Unidos.

— ¿Es usted abogado?

Tim hizo un gesto de horror y corrigió:

— Graduado en la academia de Derecho, si es que esto me convierte en uno. Pero yo sé cómo moverme dentro del consulado.

— ¡Oh, si usted pudiera ayudarme!... — exclamó Carla con deliciosa ansiedad.

— Al menos puedo intentarlo — respondió Tim.

Carla murmuró unas frases de agradecimiento, acompañadas de una mirada tan intensa, que Tim se felicitó por mostrarse servicial. Había llegado el momento de que la conversación tomara un tono más íntimo, como debe ocurrir entre una mujer hermosa y hercúlea de gratitud y un hombre admirado y dispuesto a cualquier sacrificio. Pero...

Pero el azar lo había dispuesto de otra manera. Se acercó a la mesa de los dos jóvenes un hombre de edad semejante a la de Tim, alto, delgado, con aire de independencia y de absoluta seguridad en sí mismo. Carla lo presentó a Tim como el señor Oliver, y el norteamericano hizo una mueca de contrariedad al ver que Oliver aceptaba la invitación de Carla de sentarse con ellos. Notándolo la cantante, se apresuró a explicar:

— El señor Henley es de Nueva York y el señor Oliver es el crítico musical del «Daily Post». Ha sido muy caritativo conmigo en sus artículos.

— Usted lo hace muy bien, Carla — contestó Oliver y, volviéndose hacia Tim, preguntó —: ¿Le gusta Londres, amigo?

— No está mal; están ustedes poniendo un gran espectáculo — dijo Tim.

— ¿Espectáculo? — repitió Oliver sin comprender —. ¿Es usted del teatro?

— No — respondió Carla —. El señor Henley es el abogado del consulado americano.

Hubo una ligera transformación en el rostro de Oliver, que inmediatamente disimuló, aconsejando de paso a la cantante con tono paternal:

— ¡Oh, un diplomático! Cuidado con los diplomáticos que llevan notas, querida... ¡Si usted supiese el ruido que pueden hacer!

La ironía del periodista les hizo reír, aunque Tim siguió maldiciéndole mentalmente por su poca oportunidad al presentarse. Todavía con la risa en los labios, el norteamericano recorrió con los ojos la sala, deteniendo, finalmente, su mirada en el hombre del hongo.

— Allí está el individuo que dijo que no venía siguiéndome — bufó.

Sus dos amigos volvieron la vista hacia la dirección indicada por Tim. Oliver trunció el ceño y comentó:

— Es, probablemente, un agente de Scotland Yard. Están todos por ahí.

— Si es de Scotland Yard, me gustaría saber por qué se interesa por mí — replicó Tim bastante furioso.

— ¿Por qué no la emprende usted con él? — le sugirió Oliver con malicia.

— Tengo ganas de hacerlo — aseguró Tim poniéndose en pie.

— ¡Por favor, no! — suplicó Carla tratando de contenerle —. Estoy segura de que se equivocan los dos.

— No, no; nada de eso — aseguró Oliver con el evidente propósito de excitar a Tim —. Ese es de Scotland Yard, desde luego. Vamos, amigo, échese encima de ese pesado. Yo le apoyaré.... apoyo oficial de la prensa británica y todas esas cosas.

Alentado por los consejos de Oliver, Tim avanzó con el periodista hacia el hombre del hongo. En cuanto su seguidor fué interrumpido por el norteamericano y Oliver habló con autoridad, el hombre del hongo se levantó de la silla contestando:

— Soy el sargento Moulton, D. I. C.

— ¿D. I. C.? — se sorprendió Tim encarándose con Oliver —. Tradúzcamelo.

— Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard.

— ¿Scotland Yard? — exclamó Tim —. Bueno, vamos allá y solventaremos esto.

— Sí — tornó a aprobar Oliver —. Y yo iré con usted, señor Henley, y le prestaré toda mi ayuda. Es un ultraje este negocio de «sabuesos».

Animado a acabar de una vez aquel engorro, Tim volvió a su mesa para excusarse con Carla... Y descubrió entonces que todas las frases incitadoras de Oliver habían sido pura patraña para quedarse solo con la cantante, ya que dijo:

— Usted vaya con el sargento. Yo dejaré en casa a la señorita Nilsson al dirigirme al Yard.

— Es usted muy amable, señor Oliver — agradeció amoscado

Tim, teniendo por único consuelo el vengarse haciendo pagar a aquel entrometido la cuenta de sus consumiciones.

Largo rato hubo de esperar Tim en la antesala del jefe superior de Scotland Yard, más aburrido que entretenido por la conversación que el sargento Moulton y un oficial mantenían sobre carreras de caballos. Impacientóse finalmente e interpeló al sargento secamente:

—Oiga, ¿cuánto tiempo seguirá ocupado sir Henry?

—Yo creía que esperábamos al señor Oliver — contestó el sargento —. El dijo que vendría directamente.

Esta respuesta aclaró un sinfín de cosas a Tim. Oliver pertenecía a Scotland Yard. Se reía para sus adentros, cuando apareció el seudoperiodista, que se le acercó con una mueca de burlón pesar.

—Siento haberle hecho esperar — fueron sus primeras palabras —; pero la señorita Nilsson tenía muchas cosas interesantes que contar.

—¿De veras? — replicó Tim —. Debía ser una conversación de uno solo.

Oliver lanzó una carcajada y estuvo a punto de decir algo, cuando les anunciaron que sir Henry estaba dispuesto a recibirles. Pasaron al despacho del jefe superior, que estaba tomando el té. Tim avanzó hacia él, mientras que Oliver se excusaba:

—Siento molestarle, señor. Este es el señor Henley. Dimos con él en circunstancias bastante sospechosas y yo...

—Ha obtenido usted caza mayor — dijo sir Henry —. El señor Henley tiene una verdadera historia.

—¿Criminal? — preguntó interesado Oliver, en tanto que el rostro del sargento se henchía de contento por su perspicacia:

—Sí. Ha estado mezclado en una serie de casos notables.

—Entonces ha sido una gran suerte.

Pero las palabras murieron en la boca de Oliver, al ver que su superior, concluido el té, se levantaba y tendía cordialmente la mano a Henley. Empezó entonces a barruntar que había sido víctima de una jugarreta planeada por un cerebro tan avisado como el suyo, aprensión que tomó más cuerpo al escuchar la siguiente pregunta que sir Henry formulaba a Tim:

— A propósito, señor Henley, ¿cuáles fueron los resultados finales de aquel caso del avión?

— Tal como sospechaba la embajada — informó Tim apabullando con una mirada al sargento y a Oliver —, había una infiltración interior del enemigo sobre el embarque de aviones. Sin embargo, tuvimos la suerte de acabarla y taponar al menos un agujero.

Sir Henry encendió un cigarrillo felicitando calurosamente a Tim, y Oliver, ya recobrado de su amarga sorpresa, alargó la mano al norteamericano preguntándole:

— ¿Puede añadir mi felicitación, señor Henley?... También por hacerme gastar dinero tan bonitamente.

— Eso fué, en parte, culpa de usted por traerme aquí. Tengo la idea de que usted y el sargento estaban demostrándome un poco de la técnica de Scotland Yard.

Sir Henry se dirigió hacia su escritorio, colocado en un rincón de la estancia, siguiendo los demás su movimiento para escuchar lo que decía.

— Es un antiguo ardid nuestro, señor Henley, traer hombres aquí para interrogarles sin detención ni arresto. Estoy sorprendido de que usted fuese engañado.

Tim meneó la cabeza y, lanzando una rápida mirada a Oliver, respondió:

— En realidad, yo deseaba ser engañado. Quería probar a la señorita Nillson que yo no estaba enterado de nada. Quería que creyese que soy un joven tonto útil, que puede ser manejado fácilmente.

Oliver, casi a pesar suyo, pero honradamente, aprobó la astucia de Tim con un movimiento de cabeza, que, visto por sir Henry, fué motivo de que éste explicase:

— Ustedes dos se hubieran conocido tarde o temprano. El señor Henley es un viejo amigo del F. B. I., de Washington. Ha estado trabajando silenciosamente en la embajada de los Estados Unidos en una fase del mismo trabajo que usted, señor Oliver.

— Muy listo, señor Henley — dijo Oliver con bastante sequedad —, pero hubiese sido menos complicado para mí si usted se hubiese identificado.

Tim se encogió de hombros, como si aceptase aquella inevita-

ble prueba de falta de sentido común, y preguntó con cierta sorna:

— ¿Y destruir la confianza de la señorita Nillson en los dos? ¡Oh, no! Además, yo quería ver a sir Henry para averiguar qué clase de amistad habían conseguido entablar con ella.

Oliver replicó que sólo era muy superficial, y sir Henry, tras despedir al sargento, indicó a Tim y a Oliver que tomaran asiento, hizo lo mismo en la butaca de su escritorio y aclaró:

— No tenemos nada definitivo contra la señorita Nillson; al menos, no tenemos pruebas suficientes para detenerla. Pero ella ha dado conciertos en varias ciudades del Norte para la Cruz Roja Británica, en dos ocasiones cerca de aeródromos ocultos donde habían llegado recientemente nuevos aviones americanos. Poco después de haber salido ella, ambos aeródromos fueron bombardeados y varios aviones destruidos.

Oliver añadió que él y el sargento vigilaban a Tim porque Carla se había trasladado al piso inferior al suyo. El norteamericano replicó que ya lo sabía y que se había preocupado de que se enterase de su dirección. Y la cantante había mordido el cebo.

— Me interesa mucho su gran deseo de obtener un visado de pasaporte para los Estados Unidos — dijo Tim con un acento especial.

— Prefiero retenerla aquí en observación — protestó Oliver.

— Eso puede no convenir a mis planes, señor Oliver — contestó Tim.

— Yo ya tengo mis planes en acción y prefiero que no haya intrusión en ellos — repuso Oliver con alguna excitación.

Terció, entonces, sir Henry en la disputa para explicarles la situación, que no admitía rivalidades, sino éxitos. Todos los aviones suministrados desde los Estados Unidos a Inglaterra se hundían en el mar, de un tiempo a aquella parte, sin razón aparente. No sufrían desperfectos, pero el océano los sepultaba en su seno. Era indudable que sufrían un acto de sabotaje antes de partir de los Estados Unidos.

— Ustedes dos sigan el método que más les guste — concluyó sir Henry —. No importa quién logre desenmascararla. Si es peligrosa, debe ponerse fin a sus pasos. Pueden llegar a cualquier extremo, señores, para lograr este fin.

A poco de acontecer esta escena, Carla, que había estado ner-

violosamente paseándose por su piso, recibió un telegrama. Decía lacónicamente: «Partitura dispuesta Lisboa.» Carla estrujó el papeletito azul y lo hizo desaparecer. Al escuchar unas pisadas en la escalera, abrió rápidamente la puerta y se quedó delante de Tim, que era quien subía. El rostro de la cantante expresaba una gran preocupación, quizá no fingida del todo.

Tim le explicó que los de Scotland Yard habían sufrido un error y que lamentaba infinito que su fiesta se hubiera visto turbada. Después agregó:

— ¿Qué planes tiene para el almuerzo de mañana?

— Le prometí a Roggio Oliver que iría a pasear con él por el campo.

Tim frunció los labios contrariado y fijó sus ojos en los de Carla. Estaba más hermosa que nunca; su aspecto era tan inocente y confiado, que le parecía mentira que pudiese ser una terrible espía. Lanzó una interjección al oír el nombre del supuesto periodista. No entraba en sus planes permitir que Oliver le arrebatase a Carla.

— A propósito, ¿después que la dejé a usted, no le dijo nada al señor Oliver de que yo pensaba ayudarla en el consulado?

— ¡Oh, no! Ni una palabra.

— Bien — alabó Tim con un aire de alivio y de celos desvanecidos que casi la hizo reír —. Si usted quiere venir al consulado mañana por la mañana, a eso de las diez, creo que podremos ayudarla.

— ¿De veras? — suspiró ella con encantadora incredulidad.

— Sí.

— Puedo estar allí a las nueve.

— Entonces hasta las nueve. Buenas noches — se despidió Tim; pero a poco regresaba diciendo —: Recuerde que ha de preguntar por el señor Cronwell.

A las nueve en punto de la mañana del día siguiente, Carla descendió del automóvil en que Oliver la había llevado al consulado norteamericano y preguntaba a un ujier por el señor Cronwell.

En el despacho de Cronwell ya estaba esperándola Tim. Al anunciar el ujier a Carla, salió el joven al encuentro de la cantante e hizo las presentaciones. Tim obraba con rapidez; pues, tras unas palabras triviales, preguntó:

— ¿Tiene usted su pasaporte?

— Sí, aquí está — contestó Carla sacándolo de su bolso.
Cogiólo Tim y se lo entregó a Cronwell.

— Tome usted, Frank.

Frank simuló estudiarlo detenidamente y, cuando levantó la cabeza, sonreía de tal modo, que Carla se sintió más que esperanzada, tanto más cuanto el amigo Tim salió del despacho diciendo:

— Creo que no habrá ninguna dificultad, señorita Nilsson.
Perdone.

Al quedarse solos, Tim invitóla a que ocupase un sillón y él se sentó en el borde del escritorio, inclinándose de forma que sus cabezas quedaban separadas por escasa distancia.

— Bien, todo está arreglado — declaró Tim con aspecto ingenuo.

— ¿Arreglado? — balbució Carla aturdida.

— Sí.

— ¡Oh! ¡No puedo creerlo!

— Visado y todo lo necesario — insistió Tim con un amplio ademán.

— ¿Cómo se las ha arreglado usted?

— Pues he estado hablando hasta que le he convencido.

— Habrá usted hablado con palabras convincentes.

Tim clavó sus risueños ojos directamente en los de Carla, que sostuvo la mirada, y lanzó un suspiro diciendo:

— Bien quisiera poder hacer eso siempre...

Pareció contener sus palabras con gran esfuerzo y, como para disimularlas, sacó de su bolsillo unos sobres blancos que ofreció a Carla manifestando:

— Aquí hay reservas de la embajada en el avión para Lisboa.

Aquello era más de lo que Carla había soñado y sus rojos labios se entreabrieron formando una circunferencia encantadora.

— Pero...

Y Tim añadió, sin darle tiempo a recobrase:

— Y en el «clipper» de la Pan Americana desde Lisboa a Nueva York.

Carla guardó los sobres en su bolso con mano temblorosa y se puso en pie tartamudeando:

— ¿Cómo puedo agradecerérselo?

— ¡Oh! — exclamó él apurado.

— Ya lo sé: le prometo cantar el día de su boda.

Tim casi se sobresaltó.

— Eso no es totalmente satisfactorio; pero podremos hablar de ello en el avión.

— ¿En el avión?... ¿Usted marcha también?

— Sí... Una misión confidencial. Es decir, si no le molesta a usted que vaya también.

La aprobación llegó mucho antes de ser expresada con una frase.

— No, señor... ¡Encantada!

— Lo mismo digo.

Quizá la escena hubiera discurrido por otros derroteros, pero se abrió la puerta del despacho dando paso al atareado Cromwell, que depositó el pasaporte en manos de Carla anunciando:

— Todo está en regla, señorita Nilsson. Tome usted.

— ¡Oh, gracias!

— Será mejor que nos vayamos — propuso Tim —. El avión sale a las once. Hasta la vista, Frank.

— Adiós — dijo Cromwell estrechando sus manos.

Tim, sin dar apenas tiempo a Carla para que expresara su agradecimiento, arrastróla al vestíbulo, en donde hizo una seña al ujier, que corrió hacia él.

— John, un taxi, por favor.

John le miró extrañado e hizo un ademán hacia la calle, mientras decía:

— Pero, ¡si el coche de la señora está esperando, señor!

Tim se sobresaltó al ver el automóvil que ocupaba Oliver, se mejante a la imagen de la paciencia. Carla lanzó una carcajada cristalina y se tapó la boca exclamando:

— ¡Oh! Me olvidé de que Reggie estaba esperando fuera. El me ha traído aquí.

— ¿De veras? — preguntó Tim retrocediendo.

— Sí. Nos dirigimos al campo.

— ¿Sí? Bueno, le daremos las gracias desde otro país.

— Pero...

Carla no pudo concluir la frase, porque el asombro se lo impidió. Tim, por primera vez desde que le conocía, dejó de portarse

como un caballero; la arrastró apresuradamente por el brazo hacia la salida trasera del consulado...

Horas más tarde, cuando el avión había dejado atrás Londres y volaba por encima de las nubes, mientras tomaban el té, Tim estalló en una soberbia carcajada, que fué coreada espontáneamente por Carla. Cuando cesó la contagiosa risa, la cantante indagó:

— ¿De quién se ríe usted?

— Estaba pensando si Oliver seguirá aún sentado en su coche. Deberíamos haberle enviado un ramo de «nomeolvides» atado con balduque del servicio diplomático.

Pero este poco piadoso recuerdo no impidió que Oliver, agotada al fin la paciencia, saltara del automóvil y se internara a grandes zancadas en el consulado para hacer las oportunas averiguaciones acerca de la extraña desaparición...

EMPIEZA EL JUEGO

Estaba entrada la noche cuando Carla y Tim echaron pie a tierra en el campo de aviación de Lisboa. Entraron en las oficinas y salas de espera del aeródromo, dirigiéndose hacia el puesto de aduanas con otros pasajeros, obedeciendo las indicaciones de un empleado.

— ¿De cuánto tiempo disponemos antes de que salga el «cfl. ppera»? — preguntó Carla a Tim.

— Cosa de dos horas. ¿Quiere usted descansar?

Tim indicó al faquín que colocara las maletas sobre el mostrador de la aduana y luego escoltó a Carla hacia la puerta diciéndole:

— Muy bien. La acompañaré tan pronto como termine con la aduana. Usted sabe que son muy estrictos estos días. Puede que me retenga bastante rato.

— En ese caso, no necesita usted molestarse. Tomaré un taxi.

— Bien; vuelva pronto.

Tim ordenó al intérprete que buscara un taxi e inmediatamente tuvo uno a su disposición. Sostuvo abierta la portezuela, mientras Carla entraba en él, e, introduciendo la cabeza en el interior del vehículo, preguntó:

— ¿Cuál es la dirección?

— Es rua Mavalda, 17 — contestó Carla tras breve vacilación.

Tim comunicó la orden al intérprete y éste al chofer. Luego,

el joven dió una propina a ambos y se dirigió hacia la puerta de la aduana mientras el coche se alejaba. Cuando estuvo el vehículo a una distancia prudencial, ordenó al intérprete:

— Otro taxi.

Así que el de Carla hubo doblado una esquina, su ocupante dió unos golpecitos en el cristal de separación y avisó al conductor:

— Lléveme a la rua Chiado, 29.

— Si, señora — respondió el chofer haciéndose cruces de los caprichos de aquellos extranjeros.

El asombro del taxista no le importó a Carla, pues acababa de hacer un interesante descubrimiento: Tim estaba contratando rápidamente un taxi, y aquello significaba dos cosas, que la aterrizaraban más que la sorprendían: que Tim se disponía a perseguirla y que, por lo tanto, no era quien fingía ser.

Mas no le resultó fácil a Tim obtener el ansiado vehículo, primero porque tardó bastante en llegar y segundo porque el intérprete y el chofer se enzarzaron en una discusión acerca del automóvil que debían seguir...

Finalmente, y sin el menor contratiempo, Carla descendió ante un establecimiento de instrumentos de música, situado en un oscuro callejón de los barrios bajos. Dando orden al chofer de que la aguardase, entró en la tienda y avanzó en dirección de un escritorio en donde trabajaba un hombre joven, bajo y delgado.

— Señor Bruner... — dijo la cantante.

El hombre levantó la cabeza y se quitó las gafas. Al reconocer a la recién llegada, fué hacia ella y le estrechó ambas manos con calor.

— Señora Nillson... Bienvenida, querida; tiene usted muy buen aspecto.

Continuaron cambiando frases propias de dos buenos amigos que se encuentran tras mucho tiempo de estar separados y luego Bruner preguntó en voz baja y tono distinto:

— ¿Recibió usted mi cable?

— Sí; pero salí precipitadamente y no tuve tiempo de con-
testarlo.

— No importa.

— ¿Y puedo ver ahora la nueva partitura de música?

— Si, venga — contestó Bruner avisando, de paso, a una empleada —. Volveré dentro de poco.

Abrió una puerta y salieron a un pasillo oscuro, al que daban varias habitaciones. Al final del mismo, sentados en un banco, había dos hombres corpulentos y aspecto facineroso, vestidos como los marineros.

— Manuel, Pablo, vigílad — les mandó Bruner, añadiendo para Carla —: Una precaución.

A renglón seguido entró en su cuarto, echó la cortina a la ventana y encendió la luz. A través de una puerta abierta, en el fondo de una habitación contigua, se veía una modernísima emisora.

— Tienen ustedes un nuevo equipo — comentó Carla.

— Si, el último modelo de onda corta. Estoy en contacto con América con regularidad — y le presentó un papel que había sacado de un cajón.

— Mi nueva partitura. Esto substituirá a nuestra clave, que ha sido descubierta en América.

Carla comprendió. La clave debía estar escrita con tinta invisible e indudablemente indicaría las notas o grupos de notas que, espaciados en forma determinada e interpretadas a un ritmo establecido, servirían para transmitir los mensajes. Por otra parte, la música compuesta por Bruner, como pudo cerciorarse al interpretarla al piano, era magistral y muy adecuada para evitar toda suerte de sospechas.

— Parece que dió buen resultado — murmuró Carla dejando de tocar y guardando el rollo de papel en su bolso.

— Creo que usted comprenderá — aseguró Bruner, que, además de poseer una crueldad infernal, era dueño de un orgullo tremendo.

— Gracias. Eso es un cumplido por parte de usted.

— Ahora deme su informe — dijo Bruner.

— Un amigo arregló mi visado en Londres. Salimos en el «clippera» de la Pan-Americana esta noche.

La suspicacia de Bruner se despertó no sólo por la gran influencia que demostraba aquel amigo, sino también por la evidente reticencia de Carla al nombrarlo.

— ¿Quién es ese amigo?

— Un joven abogado del consulado norteamericano.

— ¿Cuánto tiempo hace que le conoce?

— Menos de veinticuatro horas — respondió, impaciente, Carla.

— ¿Y él no demuestra ninguna curiosidad? — preguntó Bruner asombrado.

— No. Es bastante ingenuo. Podría sernos útil — pero, súbitamente, una idea nació en su mente —; a menos que...

— ¿Qué? — chilló Bruner — ¿Qué está usted pensando que no me lo dice?

Carla echó los hombros hacia atrás y contestó intentando no traicionar su preocupación:

— Sólo que, cuando salí del desembarcadero, vi que tomaba otro taxi.

Una detonación interrumpió la charla. Bruner, ordenando a Carla que no se moviese, salió al pasillo, por el cual Manuel y Pablo arrastraban un cuerpo humano. Enterado de que la víctima no llevaba nada en los bolsillos, regresó a la habitación, en cuyo umbral esperaba la joven muy pálida.

— ¿Qué ha hecho usted? — gritó Carla — ¿Por qué?

— El la ha seguido... Esto es bastante — contestó Bruner fríamente.

Carla tuvo la sensación de que una mano helada y férrea le estrujaba el corazón. No podía creer que el alegre y servicial Tim hubiera perecido. De repente, sintió un odio inmenso contra aquel hombrecillo de labios delgados, que la vigilaba como el gato al ratón. Era la primera vez, en su vida azarosa, que interfería; aun, que indirectamente, en un crimen, y se sentía degradada, con náuseas.

— Si él hubiese sido un enemigo, usted sabe perfectamente bien que yo sé cuidar de mí misma.

— Es un enemigo quitado de delante. Uno menos con quien luchar.

— ¿Cómo ha sabido usted quién era él?

— ¿Y cómo lo sabe usted? — replicó Bruner con bastante lógica — Es posible que su ansiedad esté un poquito fuera de lugar.

Pero Carla no podía atender a razones, y aquello se le antojó insultante.

— Señor Bruner, yo soy tan buen soldado como lo es usted, o

tal vez mejor. Yo soy responsable y no usted. Y esto ha sido un asesinato.

De un empujón apartó a Bruner del paso y corrió a la habitación en donde Manuel y Pablo habían levantado una escotilla practicada en el suelo. Ambos matachines miraban por el hueco hacia abajo.

— ¿Dónde está el caballero americano? — preguntó Carla.

Señalaron a la escotilla. Carla se inclinó sobre ella. Un cadáver de hombre, semihundido en el Tajo, desaparecía lentamente, casi oculto por la suciedad del río.

Una vez en el aeródromo, Carla volvió a preguntar a un mozo si había visto a Tim, con la esperanza de que le diera una respuesta afirmativa. Cuando el interrogado le dijo lo que ella ya sabía, o sea que el joven había salido tras ella en taxi, sufrió un dolor como jamás lo había sentido, una extraña e incomprensible sensación de vacío.

Pero, cuando se volvió de espaldas a la ventana por la que había mirado a la entrada del campo de aviación, Tim saltó de un taxi, furioso por haber recorrido toda la ciudad detrás de todos los automóviles menos el de Carla.

Con un fantástico alivio y una ola de calor y de vida, la joven vió ante sí a Tim y corrió a su encuentro diciendo entusiasmada:

— ¡Oh! ¡Me alegro de verle!

— Eso hace mi día completamente perfecto — contestó Tim cogiendo sus manos —. ¿Ha visto usted a sus agentes de concierto?

De repente, al percatarse de la palidez de Carla, se calló. Y miró alrrededor suyo, como si allí pudiera hallar la causa de aquel trastorno.

— ¿Algo malo? — preguntó —. ¿Alguna dificultad con su pasaporte? Debe usted hacer que lo validen aquí.

— ¿Habrà alguna dificultad? — dijo Carla caminando hacia la oficina de visados.

— No; les soltaré la coletilla «diplomática»...

Se acercó a la taquilla y mostró al empleado un «carnet», que tuvo la virtud de hacer que abandonase todo trabajo para atender a la joven. Mientras sometían el pasaporte al visado, Tim marchó para enviar sus equipajes al aeroplano.

En el instante en que, después de haber entregado las maletas a dos mozos, Tim se inclinaba a recoger otros bultos pequeños, un empleado vocaba la llegada de un avión especial procedente de Londres, cuyos pasajeros desfilaban hacia la aduana. Tim, absorto en su tarea de recoger las maletitas de Carla, no se fijó en aquella circunstancia, así que se quedó de piedra al escuchar la voz de Oliver, en Lisboa, diciéndole un sí no es socarrón:

— Eso fué una mala jugada, señor Henley. Realmente no fué correcto.

Tim giró sobre sus talones y se enfrentó con él, sin que quedara el menor rastro de estupefacción en su cara.

— Pero dió buen resultado, señor Oliver. Una buena operación, al fin y al cabo. ¿Ha tomado usted un taxi marítimo?

— Gracias a usted te tenido que tomar un avión especial.

— Si usted lo hubiese dicho, hubiésemos tenido mucho gusto en llevarle con nosotros.

Oliver, que, como había visto Tim, sabía perder sin pestañear, cambió su acento jocoso por uno más grave, en el que, por primera vez, se advertía un rastro de la indignación producida por el desbaratamiento de sus planes.

— Oiga usted, amigo, no es hacer buen juego traer a aquella muchacha aquí con su pasaporte ya destrozado por la polilla y arreglar un pasaje para América precisamente cuando ya la tenemos cercada.

— No hago más que facilitarle un poco de ejercicio — le contestó el burlón de Tim —. Si ella tiene ganas de ir a América, puede guiarnos hacia las personas que tanto desean que ella vaya allá.

— ¿Se refiere a los que dirigen el sabotaje de los aviones?

— Una deducción estupenda, señor Oliver — aplaudióle Tim.

— Bueno, toda vez que ha empezado usted este correteo, yo he decidido tomar parte en él.

Aquello no entraba en los proyectos de Tim, que tenía un concepto un tanto denigrante de los métodos policíacos ingleses, a los que tachaba de anticuados.

— ¿Qué? — se asombró cómicamente —. ¿Abandonar Inglaterra en primavera, señor Oliver?... Además, piense usted en las necesidades de su país.

— Un pensamiento excelente — declaró el práctico Oliver —. Me ha convencido usted.

Le aclaró después que, para dar visos de verosimilitud a su presencia, había conseguido el nombramiento de corresponsal de su periódico en Nueva York. A continuación, ordenó a un mozo que trasladara su equipaje al «clipper», en el que el consulado norteamericano le había reservado unos asientos.

Lo cómico y espinoso de la situación aumentó al reunirseles Carla, procedente de la oficina de visados. La joven lanzó un grito de sorpresa, pero su saludo impedía que se diera una interpretación malévola a sus verdaderos sentimientos. Los tres jóvenes se declararon sorprendidos por los caprichos del destino, que les había vuelto a juntar, y habiendo pagado este tributo a los requisitos sociales, Oliver dijo en tono de reproche:

— A las nueve de esta mañana yo me había resignado a no verla a usted de nuevo.

— ¡Cuánto siento lo ocurrido; pero todo sucedió con tanta precipitación!... — se excusó Carla.

— Por favor, no se excuse — suplicó gentilmente Oliver.

Un empleado anunció que el «clipper» para Nueva York salía cinco minutos más tarde y el trío se encaminó hacia el embarcadero, en donde se mecía la gigantesca nave. Cruzaban ya la pasarela, cuando un hombre pidió a Oliver unos segundos de conversación, que el inglés no le negó...

Cuando subió al aeroplano, Carla había ido a quitarse el sombrero y Tim estaba sentado apaciblemente, después de haber encargado a un camarero que les sirviera unas bebidas. Tim, al ver su rostro sombrío, le animó:

— Tres mil millas con nuestra encantadora compañera, mejorarán su genio un poco.

— ¿Usted cree? — dijo secamente Oliver sentándose delante de él.

— ¿Le preocupa a usted algo?

— Cablegrafié a uno de nuestros amigos que no perdiese de vista a su «encantadora» artista y amiga hasta que yo llegase — murmuró Oliver inclinándose hacia él.

— Usted dice «encantadora» como si quisiese significar otra cosa...

— Así es. He recibido un informe. El hombre la siguió y han encontrado su cadáver en el río. Su dulce amiguita parece que no se detiene ante nada.

Tim lanzó un silbido y su animación se esfumó.

— Por un proceso de eliminación, podía haber sido yo — dijo para sí mismo.

La gravedad de Oliver desapareció como por ensalmo al reaparecer Carla. Los dos hombres se pusieron en pie y Oliver, adelantándose a los propósitos de Tim, la hizo sentar a su lado diciendo:

— Realmente esto es divertido, Carla. Aquí estamos juntos otra vez. Vamos a celebrarlo con un trago. ¡Camarero!

— Diga, señor — dijo éste depositando tres copas sobre la mesa.

— ¡Milagroso! — se sorprendió Oliver repartiendo las bebidas —. El hombre lee mis pensamientos. Carla, Henley... — brindó y añadió para Tim —: Alégrese, amigo, Carla y yo no nos molestaremos por su presencia en lo más mínimo. En realidad, cuanto más, mejor.

— ¡Qué frescura! — murmuró Tim bebiendo su copa.

— ¿Qué significa? — preguntó Oliver, que no entendió la expresión norteamericana.

— A su salud — enmendó Tim apresuradamente.

— Desde luego, voy a pasar un mal rato aprendiendo el idioma — confesó Oliver después de haber apurado su copa.

* * *

Estaba entrada la mañana al amerizar el «clipper» en un muelle neoyorquino. Tim y Oliver fueron los primeros en saltar a tierra y aguardaron a un lado de la pasarela a que Carla hiciera lo mismo. El inglés levantó los ojos hacia los rascacielos y se quedó boquiabierto.

— Tantos edificios altos que se elevan en el aire — comentó: — ¿Por qué no los ensanchan un poquito?

— No tenemos sitio — respondió Tim.

— Uno de los países más grandes del mundo y no tienen sitio. Siempre llevan ustedes prisa y no tienen nunca tiempo...

La aparición de los periodistas y de los fotógrafos coincidió con la de Carla en la pasarela. Los jóvenes se pusieron de espaldas mientras tomaban fotografías de la cantante, a cuyas insistentes peticiones de que se unieran con ella no hicieron caso. Una observación de Tim fué contestada por un fotógrafo de la siguiente manera:

— Los jugadores americanos de fútbol son cosa vieja, señor Henley. Usted no ha hecho nada notable desde hace mucho tiempo.

— Pues yo no estaría tan seguro de ello — murmuró Tim a Oliver.

Los dos jóvenes escoltaron a Carla, a la que los periodistas fatigaban a preguntas.

— Estoy encantada de volver a América.

— Y América está encantada de tenerla de nuevo aquí — contestó Tim.

— ¿Cómo le fué en Inglaterra? — terció otro periodista.

— Será mejor que se lo pregunten al señor Oliver — aconsejó Carla — Es un crítico musical.

Los periodistas se volvieron hacia el aludido, que declaró:

— Como dicen ustedes los americanos, les dejó sin sentido.

— ¿Qué dice usted sobre amoríos, señorita Nilsson?

— No, nada de amoríos — protestó Carla y añadió dirigiéndose hacia la aduana — ¡Allí está la señora Grenner!

Mientras la seguían, Tim dijo a Oliver:

— Nada de amoríos... ¿Ha oído usted, amigo? Esto no parece justo hacia usted, después de su devoción a ella durante todo el viaje.

Oliver se encogió de hombros sonriendo. Tenía la atención puesta — ejemplo que imitó Tim — en el grupo de personas que esperaba a Carla al otro lado de la barrera de la aduana. Mientras las maletas de la cantante eran revisadas, su propietaria charló alegremente con aquellas personas, entre las que destacaba, por su facundia y evidente necedad, una elegante dama de edad mediana, a la que la joven llamaba señora Grenner.

Carla presentó sus dos amigos al grupo y la señora Grenner se manifestó entusiasmada.

— Han sido ustedes muy buenos atendiendo a mi querida Carla.

— Fué un placer hasta que el elemento británico se metió en el asunto — dijo Tim.

— Carla y yo nos portábamos muy bien hasta que empezó la competencia yanqui — replicó, al punto, Oliver.

Los amigos de Carla se rieron y la señora Grenner aprovechó la ocasión para invitar a aquellos dos jóvenes tan simpáticos a pasar aquel fin de semana en su residencia de Sands Point, tras lo cual, con breves frases de despedida, se alejó el grupo llevándose a Carla.

Los periodistas continuaron persiguiendo a la cantante y Tim preguntó a uno de los fotógrafos hablando por la comisura de los labios:

— ¿Lo tiene usted?

— Sí — respondió el fotógrafo corriendo tras sus colegas. Oliver se volvió hacia Tim.

— Uno de sus amigos, ¿eh? — preguntó.

— Sí, estamos sobre el asunto.

— ¡Oh! ¡Es una lástima! — gimió Oliver.

— ¿Qué es una lástima? — indagó Tim.

— Nuestra amiga Carla tiene un pescuezo realmente encantador. Cualquier día puede que coloquen una cuerda alrededor de él.

Tim se estremeció perceptiblemente. No había pensado en aquella posibilidad. Y protestó:

— ¿No se precipita usted un poco? No tenemos pruebas todavía.

— Las tendremos con el tiempo, amigo.

— Mientras tanto, será mejor que venga usted a la oficina y deje que el jefe le haga cantar.

— ¿Me haga qué? — repitió Oliver sin entender.

— Le haga cantar.

— ¿Qué es lo que he de cantar? — se asombró Oliver.

— ¡Déjelo! — concluyó Tim —. Le escribiré a usted una carta.

Cuando, por medio del ascensor particular, Oliver y Tim llegaron al F. B. I. (Departamento de Investigación Federal), el segundo fué acogido con grandes demostraciones de cariño. Un joven de gigantesco tamaño, que ocupaba un escritorio en la antecámara, fué presentado como Sewell a Oliver. Al oír Sewell el nom-

bre de Scotland Yard, abrió mucho los ojos y exclamó, en tanto que conducía a los recién llegados a un despacho:

— ¿Scotland Yard? ¡Caramba! ¡Me ha hecho usted fosfatina! — abrió una puerta e invitó —: Cuélese dentro.

— Está hablando en clave, ¿no es cierto? — preguntó Oliver aturrullado ante la extraña jerga.

Tetlow, el jefe del F. B. I., acogió a los dos amigos cordialmente y, después de las presentaciones de rigor, les invitó a sentarse, hecho lo cual se volvió hacia su subordinado y alabó:

— Tim, usted hizo un buen trabajo en Londres y el Departamento le felicita.

— Gracias — respondió el joven —; pero quisiera compartir las alabanzas con mi amigo de Scotland Yard. Él ha trabajado en el mismo asunto, como usted sabe.

Oliver se inclinó y Tetlow prosiguió:

— Tengo entendido que una pasajera de alguna importancia ha llegado en el «clipper» con ustedes.

— Tal vez, pero no estoy seguro — contestó Tim.

— Me temo que Tim cuesta de convencer — objetó Oliver.

Tetlow, sacando un disco gramofónico de un cajón, se levantó y dijo:

— Quizá yo pueda aclarar eso. Hemos cogido una onda corta de Lisboa. Este es nuestro disco sobre ella. Pruébelo en el fonógrafo.

Lo pusieron en la gramola, pero emitió únicamente una serie de sonidos desconcertantes. Tetlow les explicó el misterio de los mismos. El disco había sido grabado al revés. Cambió la dirección de giro del platillo del fonógrafo, del que brotó una voz diciendo lo siguiente:

— F. 7 salió de Lisboa en el «clipper» de esta noche. Va acompañada de dos amigos. Investiguen.

Tenían, por consiguiente, la evidencia de la verdadera personalidad de Carla más que nada por la coincidencia de los «dos amigos». Así quedaban en claro muchas cosas.

— Probablemente ésta es la razón de que nosotros hayamos recibido aquella cordial invitación para visitarla — comentó Oliver.

— Tendremos que enfrentarnos con la persona que recibió este mensaje — meditó Tim —. Me gustaría saber quién es.

— Con franqueza, yo también quisiera saberlo — confesó Tetlow —. A pesar de que hemos aclarado varias de sus claves y hecho un buen número de detenciones, tanto aquí como en Canadá, no conseguimos que hablen los saboteadores. Así es que los directores, los que están por encima del asunto, permanecen ignorados para nosotros.

— ¿El sabotaje de buques y aviones continúa en la misma proporción? — quiso saber Oliver.

— No. Es irregular — respondió Tetlow —. Ultimamente ha habido una notable calma. Yo creo que esto significa un nuevo movimiento peligroso por parte de ellos.

Entró Sewell portador de las fotografías tomadas aquella misma mañana en el aeropuerto. Veíase en ellas a Carla y al grupo de personas que había ido a recibirla, en el que destacaba la señora Grenner. Contaron al jefe lo de la invitación y después le preguntaron qué sabía sobre la personalidad de aquella dama.

— Es la esposa del fabricante de artículos de confitería — les formó Tetlow sin vacilar —. Sus productos se venden en todas partes. Grenner es, en verdad, un ciudadano prominente. Ha estado en América muchos años. Vivía anteriormente en Suiza. Creo que producía chocolates allí.

El aparato de telegrafía sin hilos lanzó su aviso y Tetlow, murmurando una excusa, lo atendió. Tim se encaró con Oliver y le propuso:

— Creo que deberíamos pasar algún tiempo en casa de Grenner, o sea establecer contacto directo. Nos han enseñado a aprovecharnos de él.

— Nosotros preferimos no seguir ese sistema — repuso Oliver —. Preferimos el indirecto.

Estaban burlándose de sus respectivas organizaciones, cuando Tetlow se les unió llevando en la mano un mensaje cifrado procedente de Washington, notificando que una semana más tarde saldría de Canadá una escuadrilla de fortalezas volantes destinadas a Inglaterra.

— Esta puede ser la calma que yo mencionaba — dijo Tetlow — ... la calma anterior a la tempestad.

Oliver saltó de la mesa en cuyo borde había estado sentado y estrechó la mano de Tetlow, dirigiéndose después hacia la puerta.

— Parece que hay trabajo que hacer — exclamó en son de despedida —. Tengo que buscar un sitio para colgar mi paraguas.

— ¿Por qué no se establece aquí? — propuso Tim —. Use esto como su propio cuartel general.

— Es usted muy amable; pero no, gracias — rechazó Oliver —. Yo me arreglaré sólo. Además, tengo que aparecer como crítico musical. Iré al Metropolitan esta noche para ver una ópera española representada por un buen número de argentinos. Creo que me gustará. Hasta luego.

— Todavía por su cuenta, ¿eh? — se burló Tim conduciéndole hacia la salida.

* * *

El señor Grenner era, en efecto, un ciudadano prominente, consciente de sus deberes de ciudadano norteamericano y, como tal, su bolsa, más que bien provista, estaba siempre abierta a los representantes de todas las instituciones relacionadas, de un modo u otro, con el esfuerzo bélico.

Era un hombre de edad mediana; de aire bonachón y elegante, que, en el momento en que Carla entró en su lujosa mansión, estaba despidiendo a unas peticionarias de la Cruz Roja. Al ver a la joven, libróse rápidamente de sus visitantes y la hizo entrar en la biblioteca con vivas muestras de placer, después de alejar, con una señal de inteligencia, a su esposa.

En la biblioteca había dos personas más: el doctor Rowan, célebre químico, ya anciano, y el señor Denby, joven aún y de aspecto grave. Cambiados los saludos, Grenner ofreció un sillón a Carla y explicó:

— No hemos ido al aeropuerto a causa de un mensaje de onda corta que recibí de Lisboa advirtiéndome de la presencia de dos hombres que viajaban con usted. Quería consultar antes con usted... ¿Quiénes son?

Carla, haciendo un gesto que quitaba importancia al papel de sus dos compañeros de viaje, contestó:

— ¡Oh! Les conocí casualmente. Uno de ellos me sirvió de mucho en Londres. Bertha les invitó a venir aquí.

— Muy bien — aprobó una voz desde la puerta —. Podremos estudiarles de cerca.

Carla se volvió rápidamente hacia quien así había hablado. Era un hombre rubio e imposible, que llevaba la indumentaria del servicio doméstico, pero cuyos ojos, sagaces y penetrantes, desmentaban la realidad de esta ocupación.

Carla, arqueando las cejas, consultó con la mirada a Grenner, quien, adivinando su extrañeza, le informó con una sonrisa:

— ¿Se acuerda de Webster?

— ¿Webster? — repitió Carla examinando atentamente al recién aparecido.

De pronto su rostro se iluminó y exclamó admirada:

— ¡Coronel Wenzel!

— Webster a sus órdenes, señora — corrigió el coronel haciendo una leve reverencia.

Carla aceptó la lección y tomó buena nota de ella para no cometer errores. Grenner, olvidando el episodio, preguntó:

— Diga, ¿ha traído la composición del señor Bruner?

— Sí.

— ¡Espléndido!

— Aquí está — dijo Carla sacando la partitura de su bolso y pasándola a Grenner.

Los presentes estudiaron las notas con suma atención sobre el hombro del jefe de los espías. Grenner, después de haber examinado el rollo de papel, se lo entregó a Carla, diciendo cortésmente:

— ¿Podemos oírla?

— Naturalmente.

Mientras Carla ponía la partitura en el atril, Grenner esbozó una sonrisa y dijo a sus secuaces:

— Mucho depende de esta música de aspecto inocente.

Carla, antes de pulsar las teclas del piano, se volvió hacia ellos y les explicó:

— Naturalmente, ustedes comprenderán que no he tenido mucho tiempo para estudiarla — y añadió —: Las señales de clave están espaciadas; algunas veces llevadas por el acompañamiento y otras por la voz.

— Muy ingenioso — aseguró el doctor Rowan.

— La clave está en las variaciones — agregó Carla —. La melodía es seguida, pero los mensajes corren de este modo.

Carla pulsó un grupo de teclas y luego otro de tono distinto. Así aclarada, la clave era de una sencillez infantil. Pero, luego, al interpretar toda la composición sin pausas, la clave quedaba por completo disfrazada e imposible de reconocer.

Aplaudieron la excelente interpretación de Carla, incluso el impasible Webster, que, inmediatamente, se hizo cargo de la partitura, comentando satisfecho:

— Deliciosamente complicado.

— Su fraseo es brillante — dijo Rowan a Carla haciendo una reverencia.

— Y nadie más podría interpretarla tan diestramente — agregó Grenner.

— Gracias — contestó Carla levantándose del taburete del piano.

El grupo se apartó del piano, mientras Grenner meditaba junto a él. Todos le miraban con el interés de quien sabe que el éxito o fracaso de una empresa depende de un cerebro maestro. Finalmente, Grenner tomó la palabra:

— Nuestros amigos de Washington nos comunican que una escuadrilla de bombarderos saldrá el próximo miércoles. ¿Puede usted estar preparada para entonces?

Carla, de quien dependía la inclusión del mensaje en la partitura, se limitó a decir:

— Lo intentaré.

— Pero una perfecta coordinación es esencial — hizo notar el doctor Rowan —. Como usted ve, querida, la fórmula química es sensible. Los ingredientes deben ser preparados con poco tiempo y usados al cabo de pocas horas.

Entendió Carla lo que quería decir el doctor con aquel lenguaje figurado y, por si fuera poco, intervino también Denby.

— En tal noche — dijo —, ciertos buques de carga estarán aproximadamente a setecientas millas dentro del mar.

Lo cual quería significar que ningún auxilio sería posible para los aviones. Adivinando la perplejidad de Carla, Grenner comunicó:

— El señor Denby tiene ahora acceso a importantes expedientes de seguro marítimo.



—Scotland Yard—
—exclamó Tim.



—¿Tiene usted un pasaporte?
—¿Tiene usted un pasaporte?



— ¿C'è quón se n'è us-
tò?



— La acompaño tan
pronto como termine con
la Aduana.



—Un hombre pidió a Oliver unos segundos de conversación.



—El la ha seguido... es...
—es bastante—contestó
—brunet a...—



Carla presentó sus dos amigos al grupo.



—Su frase es brillante
—dijo Rowan a Carla.



Tim y Carla eran abordados por un camarero francés.



Mientras Grenner colocaba la partitura en el atril...



—Gentler le ofreció un
 bato presentándole sus ex-
 cusas.

—FUESE



—¿Fue ese el único mo-
 tivo?— insistió Webster.



—A sus órdenes, señor
Webster...



Oliver levantó la cabeza
hacia la galería.



Oliver se presentó con un magnífico ramo.



Tim le ayudó a incorporarse.

— El cargamento consistirá en piezas para aviones — insistió Derby.

— ¿Ve usted la urgencia? — preguntó Rowan.

— Sí, y estaré lista.

La tensión del ambiente, producida por la urgencia de la labor y la posible contestación de Carla, pareció disiparse con esto. Respiraron aliviados. Grenner recobró su actividad, rogando a su supuesto mayordomo:

— Webster, ¿quiere hacer el favor de ponerme en comunicación con la B. G. S. de Nueva York? — y dijo a la joven —: Confirmaré su aparición en nuestro programa de concierto como artista invitada el próximo sábado por la noche.

Dicho lo cual, salió de la biblioteca para presenciar cómo Webster guardaba la partitura en la caja fuerte.

LA PARTITURA DE MUSICA

La mansión de los Grenner, cuya planta baja se componía casi exclusivamente de espaciosos salones, rebosaba elegantes invitados la noche del concierto. La señora Grenner atendía a sus huéspedes y los hacía pasar a la sala principal. También se detenía de vez en cuando, dando pruebas de una curiosidad y de una ignorancia insuperables, al pie del micrófono, moliendo al locutor a preguntas.

Carla bajó de los pisos superiores, algo pálida y bastante nerviosa, y en el vestíbulo abordó a la señora Grenner, que estaba conversando con unos recién llegados; librándola de ellos, le preguntó:

— Bertha, ¿ha tenido noticias del señor Henley?

Bertha lanzóle una rápida mirada y contestó con su frívolo acento característico, que le servía para ocultar su verdadera personalidad:

— No, pero tal vez Webster tiene un recado.

— No, se lo he preguntado. Espero que venga.

Su ansiedad, que ella misma no comprendía, o que no quería comprender, no pasó por alto a su interlocutora, la cual, sin embargo, respondió:

— No se preocupe, querida. Nadie rechaza un final de semana aquí. Cuando el duque de Watson...

Pero se interrumpió para saludar a otros invitados. Carla tuvo que soportar una infinidad de presentaciones y sonrió hasta que las comisuras de los labios parecieron helársele en aquel gesto.

Finalmente, Tim llegó a la casa de los Grenner y entregó, al mismo tiempo que mencionaba su nombre, su sombrero y abrigo a Webster. Este estudió al joven, pero sin sacar una conclusión determinada. Después, con el acento de un perfecto mayordomo, le comunicó:

— La señorita Nilsson preguntaba por usted.

Tim agradeció la noticia y fué al encuentro de Carla y la señora Grenner, que estaban en la entrada de la sala. Resplandeció la cara de la joven al verle.

— Soy un admirador de la señorita Nilsson — afirmó Tim a la señora Grenner —. No me dejaría perder la audición por nada del mundo.

— ¿Ha oído usted querida? — se rió Carla, aunque emocionada —. Mi público me sigue por todas partes.

— Pues aquí tiene a uno de su público que se va — anunció la dama —. Yo estoy muy ocupada.

Alejóse yendo hacia la escalera, en donde su esposo le indicó con especial énfasis que cuidase del señor Henley. Puestos de acuerdo sobre esto, Grenner fué hacia la joven pareja y Carla presentó a los dos hombres. Grenner irradiaba afabilidad al decir a Tim:

— Tengo entendido que usted ayudó mucho a Carla en Londres. ¿Está usted relacionado con la embajada?

Tim manifestó que sus relaciones eran simplemente profesionales, y Carla le preguntó qué era de Oliver.

— Me olvidaba — exclamó Tim —. Envía sus excusas. Ha dicho que, como crítico musical, tenía que oírle a usted a través del aire.

Carla lanzó una carcajada y Grenner expresó su pesar por no poder conocer al inglés. En aquel momento, Webster avisó al dueño de la casa que le llamaban al teléfono. Marchóse, pues, mientras que Tim y Carla eran abordados por un camarero francés, rubio y correctísimo, que les ofreció algunos manjares. Tim los rechazó, pero se quedó pensativo, ya que tenía la impresión de haber visto a aquel camarero en otra parte.

Grenner, en el entretanto, respondía a la llamada telefónica. Se encendió su mirada al oír la voz de su interlocutor.

— ¡Hola, teniente!

— Hola, señor Grenner. Lo siento mucho, pero no puedo ir a su fiesta — se excusó el teniente Fenway —. Usted ya sabe: confirmación de órdenes oficiales. Si, estas salidas de madrugada son muy molestas...

— Ya entiendo — repuso Grenner —. Siento que no pueda estar con nosotros. Gracias por haber llamado.

Grenner, en la soledad de la biblioteca, se frotó las manos. El teniente Fenway le había confirmado, de aquella inocente manera, que su información anterior era correcta. La escuadrilla de bombardeo saldría al amanecer. Y corrió a contárselo a sus compinches.

Tim y Carla continuaban paseándose por los salones, cogidos del brazo y charlando. De pronto, el joven notó un persistente temblor en el brazo de su pareja.

— ¿Nerviosa? — indagó.

— Mucho, pero pronto estaré bien. Siempre estoy así antes del concierto.

— Recuerde usted que tiene mi admiración y aplauso.

— Gracias — respondió Carla lanzándole una mirada deslumbradora —. Procuraré seguir mereciéndolo de su parte.

El locutor la avisó que faltaban tres minutos para empezar y Carla estrechó la mano de Tim diciéndole:

— El locutor de la radio me llama.

— No es de extrañar — replicó Tim —. ¿Quién no la quiere?

Mientras Grenner colocaba en el atril del piano la partitura, sacada de la caja de caudales, Tim deambuló por los salones, hasta que el extraño camarero rubio, a quien ya había notado, le ofreció de nuevo unos entremeses. Al rechazarlos el joven, el camarero le susurró en perfecto inglés:

— ¿Le apetece tal vez un poco de arenque ahumado?

A pesar de su asombro, Tim se dominó. ¡Era Oliver! Se había maquillado de forma que la nariz resultaba mucho más larga; una peluca rubia completaba el cambio, hasta el punto de que era irreconocible.

—Es el de la investigación indirecta, ¿eh?—murmuró—. Así que ha venido a la fiesta después de todo.

—Sí, no me esperaría, ¿verdad?—y Oliver agregó—: Tome algo, por lo que más quiera.

Obedecióle Tim y comió unos entrameses, mientras Oliver le explicaba que representaba a Marsden, el mejor proveedor de la ciudad. Tim tornó a mirar su desfigurado rostro.

—Debe de ser un alivio prescindir de su propia cara, aunque sea por unos momentos.

—Va muy bien para husmear.

—¿Qué es lo que ha husmeado?—preguntó Tim.

—Todavía nada.

—Tampoco yo, y estoy pensando si no nos habremos equivocado de pista.

Oliver, sin responderle, continuó sirviendo a los invitados. Tim echó tras él de forma disimulada y, cuando le volvió a encontrar, su colega llevaba una bandeja llena de copas de champaña. El inglés murmuró:

—¿Ha visto usted al mayordomo Webster?

Tim le había visto, en efecto, mirándose en un espejo colocado en un recodo del vestibulo, cerca de donde ellos estaban. Oliver fué llamado por una señora, pero a poco regresó, entregando una copa de champaña a Tim y susurrando:

—Es un individuo vanidoso, ¿verdad?

—Esto no es vanidad—replicó Tim—. Nos está vigilando por el espejo ahora, me ha estado vigilando toda la noche.

Webster se apartó del espejo y los dos amigos pudieron hablar con más tranquilidad. Oliver informó:

—Es un coronel; lo mejor de su regimiento. Sospechoso de sabotaje y asesinato en Londres, Liverpool y Leeds.

—¿Cómo le permitieron salir de Inglaterra, señor Oliver?

—burlóse Tim, cuando el inglés volvía de servir a unas damas.

—He dicho sospechoso, señor Henley.

—¡Pobre Carla! Me temo que anda en malas compañías.

—¡Pobre muchacha!—repitió irónico Oliver—. La última vez que ella dió un concierto, los aeródromos fueron bombardeados. ¿Qué pasará ahora?

—¡Sólo una pequeña canción de amor!— declaró, escéptico, Tim.

Y dejó plantado al «camarero», ya que anunciaban el comienzo de la audición. Sentóse junto a Grenner y sonrió a Carla, cuyos dedos tocaron la introducción de la melodía, que poco después, al ser cantada magistralmente por ella, se transformaba en belleza pura... y en algo más.

Precisamente al acecho de este «algo más», la policía aliada imprimía en discos toda la canción, en espera de averiguar algún indicio.

Pero el mensaje en clave, las noticias que, por decirlo así, brotaban subterráneamente de los dedos y de la garganta de Carla, únicamente eran comprensibles para sus enemigos. Las estaciones receptoras alemanas, las de los barcos y submarinos, la de cierto edificio, captaban el mensaje y lo iban convirtiendo en letras, luego en palabras, hasta completarlo. Entonces, los ocupantes de un edificio perdido en un bosque, lo escribieron, lo introdujeron en las anillas de unas palomas mensajeras, que no tardaron en surcar el espacio, sin detenerse hasta el alféizar de una ventana, en donde un individuo joven cogió el mensaje y lo desplegó. Poco más tarde, este mismo individuo, vestido de mecánico, trepaba a las alas de unos bombarderos, practicaba un orificio en ellas, por el cual vertía una cantidad del líquido contenido en una botellita...

En casa de Grenner, mientras seguía la canción, los ojos de Tim se fijaron casualmente en la escalera que, desde el vestíbulo, llegaba a las habitaciones superiores. Al final de la misma, haciéndole un ademán de aviso, estaba Oliver. Tim se sobresaltó, pero entendió lo que el inglés le pedía. Grenner, dada su situación, también podía ver dicho rellano, en caso de que se librara de la fascinación que la música ejercía, en apariencia, sobre él. Y Tim murmuró unas palabras al oído de su anfitrión, consiguiendo así ocultar por completo todo su radio visual. Oliver entró inmediatamente en la habitación cuya puerta tenía delante: la de Carla.

Llevó a cabo un rápido registro de la alcoba, sin fruto. No corría peligro mientras cantase la joven, cuya voz oía perfectamente desde allí. Sin embargo, le sobresaltó el timbre del telé-

fono. Con suma precaución, levantó el aparato y escuchó. Hablaban Webster y un tal Krole que deseaba entrevistarse con el doctor Rowan. En vista de que no era posible, dió el recado a Webster.

—Dígale que la receta está lista para el ensayo de mañana. El doctor debe verme por la mañana.

Se cortó la comunicación. Oliver tomó buena nota de esta conversación y, después de una consulta a la central de teléfonos, supo que la llamada procedía de Yankers 0411, enterado de lo cual salió de la habitación, con gran descanso de Tim, que vigilaba con los nervios tirantes y admirado de la sangre fría del inglés.

Al finalizar la canción de Carla, estalló una salva de aplausos y todos se apresuraron a felicitar a Carla. Por último, Tim consiguió verse a solas con ella y la condujo hacia el «buffet».

—¿De veras le ha gustado?—inquirió la joven.

—¿Gustarme?—exclamó Tim—. Recuerdo haber leído uno o dos artículos de Reggie Oliver en Londres y lo único que puedo decir es que, como crítico musical, no le hizo a usted ni a sí mismo justicia.

Oliver, a quien Carla daba la espalda, hizo un gesto amenazador con las cejas a Tim, que tan deslealmente se aprovechaba de las circunstancias.

—Reggie siempre ha sido bien intencionado—defendió Carla.

—Indirectamente, me atrevo a decir que sí—aceptó Tim.

Oliver, a quien el no poder defenderse tenía sobre ascuas, empezó a ofrecer manjares a la cantante, que los rechazó todos. Tim, gozándose en su fracaso, intervino:

—¿Qué le gustaría a usted?

—Me gustaría dar un paseo por el jardín—respondió Carla.

—¿Y a usted, «monsieur»?—dijo Oliver, desalentado.

—Dos paseos por el jardín.

Oliver los siguió con los ojos, hasta que fué llamado por la señora Grenner para que quitase unos platos sucios de sobre el piano. Mientras los recogía, oyó decir a Grenner, que enrollaba la partitura:

—Webster: la música de la señorita Nillson. Póngala bajo llave.

Iba a cumplir el mayordomo el encargo, cuando la señora Greenner le mandó servir el café y los licores. Dejó, pues, Webster la partitura sobre otras y Oliver, extrañado de que una partitura hubiera de ser encerrada bajo llave, aprovechó la oportunidad de hacerse con ella, sosteniéndola entre la bandeja y la mano y alejándose al punto.

Tim y Carla paseaban lentamente por el jardín, aspirando la brisa nocturna. El cansancio hacía más bella a Carla y a Tim le costaba mucho trabajo apartar sus miradas de ella.

—Andaría muchos kilómetros con este aire delicioso—suspiró Carla.

—Si va usted demasiado lejos en esta dirección, llegará al estuario de Long Island.

—Dentro de la niebla azul de la noche, hasta el más allá... —prosiguió Carla, como si no le hubiese oído—. Y jamás volver, excepto como un fantasma.

—Puede que haya ciertas ventajas en ser un fantasma. Los fantasmas no reciben facturas del sastre.

—Ni sombreros ridículos o peinados absurdos.

—¿En qué deben pensar los fantasmas?—dijo Tim, con una rara intensidad en la voz.

Sabía que Carla estaba sufriendo por alguna razón, pero estaba muy lejos de suponer que fuera por haber cantado aquella canción que iba a arrebatarse la vida de tantos hombres jóvenes, apuestos y alegres como Tim.

—Tal vez en un portal, una noche en Londres, durante un «raid» aéreo—musitó.

—O en la bella ciudad de Lisboa, llena de gente demasiado ocupada para disfrutar de la belleza—y Tim agregó intencionalmente: Todos tratando de huir.

—¿De huir?—se asustó Carla.

—Sí, de los compañeros del alrededor.

—O de nosotros mismos.

—Es un lujo ser uno mismo, ¿verdad?—preguntó Tim, agudamente.

Había acertado. Carla lanzó un suspiro, pero no se evadió al encanto del momento. Era agradable ser sincera, aunque sólo fuera por una sola vez.

—Supongamos que los fantasmas adoptaran carne y sangre por un momento.

—¡Oh, no creo que puedan hacerlo!

Pero sí podían. Los recuerdos pesan mucho. Tim avanzó un paso y quedaron tan cercanos que casi se tocaban. Y el joven, con un acento de seriedad poco corriente en él, siempre tan burlón, exclamó:

—No tengo necesidad de decirle lo fascinadora que la considero.

Carla se acercó más aún... Instantes después, al regresar pensativos hacia la casa, teniendo ya conciencia innegable del amor que los unía, Carla se detuvo un momento y dijo en voz alta, pero para sí misma:

—¿No es extraño que nosotros...?

—Que nosotros ¿qué?—la animó Tim, al ver que callaba.

—Que nosotros no nos encontrásemos en otros tiempos, de otro modo.

—¿Cuándo los fantasmas podían permanecer en la tierra más tiempo que un momento?—preguntó Tim, incisivo, pues aquello expresaba la renuncia a su amor.

—Algunas veces un momento es toda una vida—murmuró Carla.

—Sí.

Entraron en la casa, sin saber que la escena que se había desarrollado en el jardín había tenido un espectador; Webster.

Así que los jóvenes estuvieron en el interior del edificio, la radio interrumpió su emisión para dar la noticia de que dos buques de carga británicos habían sido torpedeados. Carla se irguió como si hubiera recibido un latigazo y, balbuciendo unas excusas y despreciando la bandeja que le ofrecía Oliver, se apartó de Tim.

—Seguramente usted no querrá cambiar de opinión, «monsieurs»—masculló Oliver—. Una bella canción cantada estupendamente, ¿eh?

Tim había recibido un golpe demasiado fuerte, más por la certeza de que Carla era la causante de aquella catástrofe que por la catástrofe misma, y no tuvo valor para contestar. Oliver le indicó premioso:

—Bajo la bandeja. Cójalo,

Ambos se pusieron de espaldas al salón con toda la naturalidad posible y la partitura pasó del poder del inglés al de Tim.

En la biblioteca estaban brindando por el nuevo éxito obtenido por la organización, cuando Carla se presentó en ella. Grenner, Rowan, Denby y Webster la colmaron de felicitaciones y elevaron las copas en su honor. La joven les pidió perdón por su brusquedad y se retiró a sus habitaciones, sorprendiendo a todos con su conducta, excepto a Webster, que empezaba a barruntar que el asunto tendría derivaciones.

Webster despidió, con palabras de elogio, a Oliver y luego escoltó a Rowan y a Denby, que se marchaban en compañía de Grenner, este último para tomar un poco de aire. Volvió luego a la sala desierta y se dirigió a la caja fuerte, mirando ante ella la partitura que había cogido equivocadamente en lugar de la arrebatada por Oliver. Al posar los ojos en ella, dió un respingo: ¡aquella no era la partitura de Carla!...

Mientras Webster buscaba y rebuscaba desesperado en el salón, Tim, perdidas ya sus últimas ilusiones, estudiaba el papel de música. Al calor de la bombilla, las palabras escritas con tinta simpática, que indicaban el sistema general de la clave. No era mucho, pero sí algo. Copiólas taquígraficamente, guardó el papel en una caja de cigarrillos vacía y escondió de nuevo la partitura en su chaleco.

Era demasiado astuto para quedarse con la partitura, pues suponía el riesgo de ser descubierto o, cuando menos, de que fuera descubierto su robo. Más adelante, se haría con ella. Verdad era que desperdiciaba una hermosa ocasión para poder descifrar la clave, pero acaso bastasen para hacerlo las palabras copiadas.

Iba a descender al salón, cuando oyó pasos en el pasillo. Entró cautelosamente la puerta y vió a Webster, que llamaba en la puerta de Carla. Antes de que el mayordomo desapareciese en la habitación de la joven, le oyó decir:

—El señor Grenner me dió una hoja de música del piano para que la guardase, pero no era la verdadera.

Tim no aguardó más. Bajó al salón con el sigilo de un gato, miró en torno suyo, escogiendo un sitio adecuado para desprenderse de la partitura. La echó debajo de un sofá, cerca de una ventana abierta. Después, sin perder un segundo, abrió uno de

los balcones y salió al jardín. Acercóse paseando al muro, encendió un cigarrillo y luego arrojó la cajetilla vacía sobre la pared, poniéndose a silbar. De las malezas de la otra parte del muro, surgió Sewell, sacó de la cajetilla las notas tomadas por Tim y tiró la cajetilla al suelo, desapareciendo en la obscuridad.

Los silbidos de Tim atrajeron la atención de Webster; corrió las cortinas y, advirtiendo algo anormal en su conducta, sacó una pistola e hizo fuego, antes de que Carla lo pudiese impedir. No sonó detonación alguna, pero Tim vaciló y se desplomó. Lanzando un gemido y una acusación, Carla salió de su alcoba, atravesó la sala y se arrodilló junto al joven.

De la frente de Tim manaba sangre. Aterrorizada, le tocó el corazón; su mano tropezó con algo duro. Era un trozo de metal. Lo acercó a sus ojos y estuvo a punto de desvanecerse. ¡Era la placa de identidad de Tim, como agente federal! Al oír los pasos de Webster, guardó la placa acusadora en su propio seno.

—Volverá en sí en seguida—declaró Webster, tras examinar al joven—. Sólo le dejé aturdido con un tiro de pistola de aire. Pensé que tal vez él se hubiera llevado la música...

Registró rápidamente los bolsillos del joven, sin hallar nada sospechoso. Acababa de realizar aquella operación, cuando chirriaron los frenos del automóvil de Grenner. Webster fué a su encuentro para contarle lo sucedido.

Casi al unísono, con la desaparición del mayordomo, Tim dió señales de vida. Apresuradamente, Carla puso la placa en el lugar en que la había encontrado. Tim se quejó.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntóle Carla—. ¿Está usted bien? ¿Puede usted andar?

—Parece como si estuviera andando con la cabeza. Tal vez sería mejor que andase con las manos—balbució Tim, levantándose con dificultad.

Entraron en la casa y el joven se dejó caer en un sofá. Grenner le ofreció coñac, presentándole sus excusas, lo mismo que Webster. Entre ambos le dijeron que le habían tomado por un ratero.

—¿Con qué me ha golpeado usted?—preguntó Tim, así que acabaron la explicación—. ¿Con una pelota de «base-balla»?

—No, señor. Una invención escocesa — contestó Webster

ofreciéndole la pistola de aire comprimido, que cargaba balas de madera.

Mientras Tim estudiaba el artefacto, Carla descubrió la partitura echada por el joven bajo el sofá. Y sus labios formaron una línea recta.

—Es curioso que su mayordomo me haya confundido con un ciervo—se rió Tim—. ¡O tal vez con una cabra!

Y añadiendo pocas palabras más, se dirigió vacilante a su habitación. En cuanto llegó al rellano, Carla corrió hacia el sofá y levantó la partitura del suelo, entregándosela a Webster con gesto digno de una reina.

—Con un poco más de cuidado y un poco menos de impulsividad, todo esto podía haber sido evitado—exclamó, abandonando la sala.

—No sé cómo habrá llegado allí debajo — dijo, suspicaz, Webster.

—Tal vez la hizo volar el viento que entraba por la ventana abierta—sugirió Grenner.

Y Webster aceptó la sugerencia, aunque haciendo salvedades mentales.

* * *

Yonkers 0411 era un edificio sucio y destartado, por lo menos exteriormente, como comprobó Oliver al presentarse con un agente federal en la dirección dada por la telefonistas. No parecía lugar muy adecuado para que nadie ejerciera una profesión liberal.

—¿Vamos a echar un vistazo al interior?—preguntó el agente federal.

Oliver bajó de la camioneta y contestó:

—Será mejor que primero yo haga un poco de reconocimiento. Usted aguarde.

Con una linterna en una mano y un revólver en la otra, Oliver penetró con prudencia en el edificio. El vestibulo estaba lleno de armarios y cajas de específicos, como vió a la débil lucecilla de la linterna. Habiendo hallado una puerta, la empujó, guardándose el arma en un bolsillo. Detrás de él, en la obscuridad, surgió

un hombre de tamaño gigantesco, que se pegó a sus talones como una sombra.

La segunda estancia era un laboratorio lleno de matraces, crisoles, probetas y otros aparatos químicos de fantástico aspecto. La linterna de Oliver los hizo relucir, antes de detenerse en un individuo, vestido con bata blanca, que, con unas gafas negras, seguía el chisporroteo de dos polos eléctricos, cuya intensidad hacía variar con una manivela.

—¿Qué está usted haciendo?—preguntó Oliver secamente.

—Algo para la posteridad—contestó el individuo sin inmutarse.

—¿Quién es usted?

—Es mejor que haga yo la pregunta—replicó el químico.

—Soy un policía.

Al decir esto Oliver, el gigante, que le había perseguido sin que él se percatase, levantó un quinqué para estrellárselo contra la cabeza. Pero sonó una detonación y el quinqué voló echo añicos. Los dos hombres, un segundo más tarde, se encontraban encañonados por las armas de Oliver y de su ayudante, que se excusó:

—Siento entrometarme, señor Oliver, pero...

—No se moleste, amigo. En vista de las circunstancias, se lo agradezco.

Y dicho esto, ordenó a los dos espías que le siguieran. No se lo hicieron repetir dos veces, pero antes de salir de detrás de su aparato, él de las gafas enchufó una palanca y la casa y cuanto en ella había empezó a arder.

En el Departamento de Investigación Federal estaban devanándose los sesos varios especialistas y músicos para resolver el problema suscitado por las notas de Tim. Aparentemente, la clave, aunque semejante a algunas descubiertas durante la Ley Seca, era un hueso duro de roer. Tetlow estaba estirándose de los pelos, cuando Sewell le comunicó que «Scotland Yard» y sus auxiliares habían capturado dos «peces».

No tardó Tetlow en averiguar que era imposible sacar una palabra a las víctimas de la destreza de Oliver y, por consiguiente, indicó a éste que le siguiera a la sala donde procuraban resolver la clave.

—Estamos seguros de que aquella música es una clave. Las notas de Henley lo prueban—dijo Tetlow—. Tenemos que descifrarla sea como sea.

—¿Las notas de Henley?—se sorprendió Oliver—. Yo creía que había permanecido allí toda la noche.

—Sí, pero envié esto por Sewell—explicó Tetlow, mostrándole un papel—. Son notas taquigráficas. Las hemos traducido. Aquí está la primera; escuche: «Las notas de señal clave para letras están invertidas de la serie X-12. Señales de números concuerdan con nueva serie 21.B».

Oliver aplaudió mentalmente la astucia y rapidez de Tim y se ofreció para ayudarles, dados sus conocimientos musicales, a poner en claro aquel código secreto, pasando por alto el hecho de que no había dormido desde la noche anterior.

Había reunión general de jefes de los espías en la biblioteca de Grenner, al entrar en ella, a la mañana siguiente, Carla. Una vez se hubieron saludado, el doctor Rowan le narró el percance sufrido la noche pasada por su laboratorio, del que sólo quedaban cenizas.

—Eso es serio, doctor—dijo Carla, tras escuchar atentamente—. ¿De quién sospecha usted?

—Creemos que alguien ha interceptado un mensaje telefónico ayer noche desde el laboratorio—declaró Grenner, a quien iba dirigida la pregunta.

—¿Uno de sus invitados?—indagó Carla.

—Podría ser, aunque creemos que los conocemos a todos.

—A todos, excepto al señor Henley—objetó Webster.

—Sí, pero él estaba en la casa cuando eso ocurrió—repuso Grenner.

—¿Llamó por teléfono o habló con alguien?—quiso saber Rowan, obteniendo una señal negativa de Webster—. ¿Seguro?

—Sí—contestó Webster—. Pasó algún tiempo en el jardín. Yo le vi tirar una cajetilla de cigarrillos por encima del muro. La hallé esta mañana... vacía.

Los informes que Grenner tenía de Tim eran inmejorables. Pertenecía a una firma de abogados. Webster preguntó a Carla si volvería a verle pronto.

—Yo propongo que veamos lo menos posible al señor Henley

en adelante—fué la respuesta de Carla—. Ya ha prestado su servicio. Solamente fomenté su amistad para conseguir un visado en Londres.

—¿Fué ese el único motivo?—insistió Webster.

—No—replicó Carla sin vacilar—. El señor Henley es un agente federal.

Un consternado silencio se hizo en la sala. Luego, acosada a preguntas, confesó haberlo descubierto la noche anterior, pero que lo ocultó con el fin de que no ocurriese nada a Tim, evitando así que las sospechas se concentrasen en Grenner.

Este encontró muy lógica esta decisión, pero Webster era implacable, no en balde sabía más que el resto de sus amigos.

—¿Está usted enamorada de él, Carla?—inquirió friamente.

La joven se dispuso a protestar, mas Grenner se le adelantó.

—Sus palabras no son razonables, coronel—hizo notar—. Si Carla estuviese enamorada de Henley, no hubiera revelado nunca su identidad. El hecho de que la haya revelado es prueba de su lealtad.

—Gracias, Sidney—exclamó Carla—. Entonces, ¿todo queda solventado?

—Al contrario, querida—contestó afablemente Grenner—. Usted debe continuar su amistad con él. Si la dejase de un modo repentino, podría hacerle sospechar y entonces nos sería más difícil... tratar con él.

—Pero no cree usted que no es prudente...

—Nosotros tomamos las decisiones, Carla— interrumpióla Grenner con alguna severidad—. Usted continuará sus relaciones cordiales con el señor Henley. ¿Entendido?

—Muy bien—respondió Carla, saliendo de la biblioteca.

Estaba ya bastante avanzada la mañana, cuando Tim se incorporó a los fatigados y desalentados hombres que intentaban encontrar la clave secreta. Cambiando saludos con ellos, se acercó a Oliver, que aun estaba al piano. El perspicaz inglés no pasó por alto el parche que Tim llevaba en la frente y preguntó mordaz:

—¿Es que ella le mordió o alguno de sus compañeros le ha sacudido?

—Algo por el estilo—informó vagamente Tim.

—Eso es lo que gana usted por usar su propia cara. Usted insiste en el contacto indirecto, amigo.

Estuvieron un momento cambiando pulgas; después, entró Tetlow que entregó a Tim una copia de sus notas tequigráficas traducidas. Informóle, luego, de que no habían adelantado nada y aconsejó a Oliver que se acostase en un sofá que había delante de su piano. Una indicación del inglés sobre la posible detención de Carla, hizo exclamar a Tim:

—Eso no resolvería nuestro problema, si solamente es un instrumento, como sospecha. Nosotros queremos los hombres que están encima.

—Y si preparamos bien la trampa...—insinuó Tetlow.

—Con el «quoso» adecuado...—agregó Tim.

—Podemos hacerlos aparecer—completó el jefe.

Avisaron a Tetlow que le llamaban desde Washington, Servicio de Aire. Aconsejó a Tim y a Oliver que escuchasen a través del teléfono de extensión y pasó a su despacho.

Un coronel de Estado Mayor Aéreo le informó de lo siguiente, en presencia de varios subordinados, entre los que estaba el teniente Fenway, amigo íntimo de Grenner:

—Hemos recibido un radiograma en clave de nuestro jefe de escuadrilla en Groenlandia. Los bombarderos que salieron de Canadá se han visto obligados a aterrizar en Groenlandia por averías en el motor. Desviaron su rumbo. Tenían que salvar sus vidas. Un avión cayó en el océano, pero el piloto fué salvado por un buque patrulla.

—¿Qué clase de avería en el motor, coronel?—indagó Tetlow.

—Deterioro químico en el carburador. Parece que algo corroe y obstruye la alimentación y para el fluido de gas. Los aviones están fuera de servicio hasta que enviemos nuevos carburadores de la fábrica.

—¿No ha llegado eso a los periódicos?

—No queremos dárselo a la publicidad—contestó el coronel—. El general quisiera saber qué es lo que su oficina está haciendo.

Tetlow se excusó y aseguró que le era necesario algo más de tiempo. El teniente Fenway tomó buena nota de ello, así como del aviso del coronel de que la primera escuadrilla de nuevas fortalezas volantes estaría lista para el 5 de julio, fecha en que debía

partir para Inglaterra. Por consiguiente, los espías tenían que ser atrapados antes de tal fecha.

Tetlow se unió a Tim y a Oliver, a quienes la noticia de la cercana marcha de los aviones había sumido en la consternación. Oliver sacudió la cabeza y dedujo:

—Eso me prueba una cosa: aquellos aviones fueron saboteados en el aeródromo, con tiempo para que tuvieran efecto en alta mar... demasiado lejos para regresar.

—Eso es—convino Tim, y añadió—: Es lógico suponer que se enviaron mensajes a agentes en las proximidades del aeródromo.

—Ya lo entiendo—exclamó Tetlow, y mandó que le llevaran a su despacho un mapa de Canadá oriental y Estados Unidos.

Llegó la hora de comer y Tim y Oliver estaban regañando a un criado negro que había tenido la osadía de ofrecerles sopa de letras, después de toda una mañana de luchar con ellas, cuando recibieron aviso telefónico, del despacho de abogados a que pertenecía Tim, de que la señorita Nilsson quería hablar con él.

Ordenó al joven que comunicasen la noticia a Tetlow, que pusieran en marcha el aparato registrador de voces y entregó un teléfono a Oliver para que pudiera escuchar la conversación. En una palabra, todo el engranaje de los agentes federales entró en acción.

—Hola, Tim—saludó Carla.

—Hola, Carla. Encantado de oír su voz. ¿Dónde está usted?

—En Sands Point.

—Si estuviese usted en la ciudad, la invitaría a comer.

—Gracias, Tim, pero soy yo la que le invita hoy.

—Bien, ¿de qué se trata?—preguntó Tim, haciendo un guiño a Oliver.

—Empiezo una «tournée» el día 4 de julio en Utica.

—¿Será radiado su concierto?—quiso saber Tim, siendo aprobado por Oliver.

—Sí. El señor Grenner me ha puesto nuevamente en su programa de radio. Pero supongo que está usted muy ocupado—dijo Carla, con alguna ansiedad.

—Me encuentro en la mitad de un asunto importante, pero

ya sabe, Carla, que usted siempre tiene preferencia sobre todo. Aceptaré muy gustoso.

—¡Oh, bien!— exclamó Carla, con una extraña mezcla de tristeza y de alegría—. Le reservaré un palco en el teatro de la Ópera.

—No me lo dejaría perder por nada del mundo—aseguró Tim.

—Muy bien, Tim. ¡Adiós!

El joven cortó la comunicación y se volvió hacia Oliver y Tetlow que aguardaban sus conclusiones. ¡Y sólo había una posible!

—Esto lo aclara—dijo Tim con dificultad—: las fortalezas volantes salen el amanecer del día 5 de julio y ella radiará la noche del 4.

Era tan acertada esta teoría, que ninguno de los presentes tuvo nada que oponer. Tim encendió un cigarrillo y esperó la decisión de su jefe, que no se hizo esperar.

—Lleve adelante sus planes, Tim—le aconsejó Tetlow—. Hasta ahora ella es la única pista tangible. Debe permanecer junto a ella.

—Y yo me quedo aquí pegado a aquella clave, supongo—suspiró Oliver.

—Tal vez será mejor que se ponga usted la barba postiza y que se burle de sí mismo indirectamente—le alentó, burlón, Tim.

Tetlow sacó un papel del bolsillo y se lo entregó al joven, diciendo:

—Aquí hay algo que debe llevar con usted, Tim.

Desplegó su subordinado el papel y meneó la cabeza, ocultando el huracán de encontrados sentimientos que la vista de aquel papel oficial despertaba.

—Una orden para detener a Carla Nilsson.

—Es por si acaso—avisó Tetlow—. Uno no sabe qué puede ocurrir.

—Está bien—aceptó Tim, echando los hombros hacia atrás.

Y Oliver, en contra de su costumbre, guardó sus bromas para mejor ocasión.

• • •

La noche del 4 de julio, en Uttica, ante un numeroso público, contemplada por Tim, Carla daba su recital. Webster, al llegar la canción-clave, se asomó entre bastidores para seguir las reacciones del agente federal, pero eso, como ignoraba cuál era la pieza que serviría de mensaje, estaba perfectamente imposible.

Fué la última canción de Carla —una interpretación soberbia— la que puso en marcha el complicado sistema establecido por los espías. El doctor Rowan tradujo el mensaje y mandó a sus subordinados que preparasen las palomas mensajeras, que poco después se alejaban del laboratorio, volando hasta Canadá, posándose en el mismo alféizar de la vez anterior y enviando a dos hombres al aeródromo a cumplir las siniestras órdenes recibidas.

Sin embargo, ocurrió algo distinto por completo. Oliver y un técnico estudiaban el aparato que trazaba en un papel la longitud de las notas, cuando el primero hizo notar:

—Algunas son excepcionalmente largas; otras, muy cortas.

—Es un sistema de puntos y guiones.

—Pero distinto del Morse—replicó Tetlow.

—Precisamente—afirmó Oliver—; una de las claves más hábiles que he visto jamás, completamente escondida en la combinación y acompañamiento.

Desplegó el mapa sobre la mesa y contó el número de vibraciones, buscando en la carta geográfica un nombre que tuviera un número de letras igual al de las rayas. De repente, al espesarse las líneas como indicando un cambio en el ritmo o señal preestablecida, las contó y exclamó:

—¡Pongan atención a esta frase... C.A.N.A.D.A... ¡Canadá!

—Ahora vamos a alguna parte—gritó triunfalmente Tetlow.

En efecto, los grupos de líneas iban espaciados, pero siempre precedidos de determinados arpegios, que, si bien variaban aparentemente, no cambiaban en lo esencial. Lo único que había de hacerse, era ordenar las letras en forma lógica, atendiendo a aquel aviso. Y así se sucedieron, ante el mapa y registrador de intensidad de sonido, una serie de nombres de poblaciones, dotadas de aeródromos.

El secreto de la partitura de música había dejado de serlo.

CUESTION DE METODOS

Tim abandonó rápidamente el palco de los Grennor al finalizar el recital de Carla y se trasladó sin perder un segundo a la planta baja, en uno de cuyos rincones le estaba esperando Sewell. Fingiendo detenerse para encender un cigarrillo, Tim dijo a su colega:

—Yo hablaré con Royce antes de ir entre bastidores y después usted se pone en contacto con él y los dos suben al jardín juntos.

El corpulento agente federal se marchó sin decir una palabra.

Mientras tanto, en el F. B. I. habían llegado a resultados asombrosos calculando la disgregación de la latitud y de la longitud del anterior mensaje y del últimamente captado. En el primer caso, y bastaba como comprobación, le dio la situación exacta del lugar en que los buques fueron hundidos; en el segundo, obtuvieron una situación ubicada en la parte superior del Estado de Nueva York.

—No hay nada en aquel lugar, señor Oliver—le comunicó el técnico, con un movimiento dubitativo de manos—, excepto extensiones de terreno de cultivo abandonadas y un viejo granero que no ha sido usado desde hace años.

Este comentario, sobre todo en su parte final, puso alerta a Oliver.

- ¿Sabe usted su nombre?—preguntó al técnico.
—Granero Champlain.
—Será mejor que lo examine—propuso Oliver a Tetlow.
Este, sin pérdida de tiempo, puso a su servicio un avión.

* * *

Carla daba los últimos toques a su atavío. Sonó entonces risa destinada a acoger a Tim se metamorfoseó en un gesto de contrariedad y alarma al ver a Webster.

—Está usted muy atractiva, querida—dijo el coronel galantemente—. Estoy seguro de que Henley quedará encantado.

Aquel hombre frío e impenetrable la hacía temblar. Era el único que tenía tal poder sobre ella. Por lo tanto, contestó con sequedad:

—Le espero muy pronto. ¿Por qué ha venido usted?

—El señor Henley nos ha sido de gran ayuda. Ha simplificado nuestro trabajo—y agregó, a modo de aclaración—: Ha encargado una mesa apartada en el jardín de la azotea del hotel, con excelente vista del disparo de fuegos artificiales... y también una excelente vista desde la azotea de enfrente.

—¿Qué?

—Lamento desilusionarla, querida, pero temo que no va a cenar con él.

En dos palabras puso a Carla al corriente de sus planes: ella, con cualquier excusa, no llegaría a la terraza, y encargaría al empleado del hotel, procurando que la viese el mayor número de personas posible, que le reservase pasaje en el tren de las once para Nueva York, en el cual marcharía. El se encargaría del resto.

Comprendió Carla lo que Webster se proponía: matar a Tim, aprovechando el estruendo de los fuegos artificiales, desde la terraza frontera al hotel. Nadie se daría cuenta del asesinato y...

—¿Estas son sus instrucciones?—preguntó maquinalmente, palidísima.

—Estoy obedeciendo las instrucciones de Grenner. ¿Acaso la confianza de él en usted está puesta en falso?

• Llamaron a la puerta. Únicamente podía ser Tim. Webster se escabulló por una salida excusada. Mientras Carla procuraba di-

simular con la brocha de polvos el estrago producido por la emoción de saber la suerte que se reservaba al joven, entró éste exclamando:

—Aquí está su público, más entusiasta que nunca.

Carla sólo logró balbucir unas palabras de agradecimiento, pues su nerviosismo y espanto al verle tan vivo y alegre habían aumentado.

—La música fué magnífica, la artista exquisita y usted... —se calló como si no encontrara frases para expresar su entusiasmo—. ¿No tiene nada bonito que decir sobre mí?

—Sí, Usted es mi admirador favorito.

—Eso está bien. ¿Está usted lista?

Se despidieron de la doncella y minutos después cruzaban el vestíbulo del hotel en dirección de los ascensores. Tim mandó al empleado que les subiese a la azotea y siguió charlando, hasta que Carla se sintió incapaz de soportar la idea de que le llevaba al matadero. Pero él no parecía percatarse de su evidente estado de ánimo.

—Espero que a usted le gustará nuestra costumbre del 4 de julio. Cuando viene lo de los fuegos artificiales, me siento igual que si fuese un chiquillo.

—No dudo de que será muy bonito—murmuró Carla, y añadió, dispuesta a consumar la traición—: Tim... puede que haga un poco de frío en la azotea. ¿Le molesta que me detenga un momento para coger un abrigo?

El, accedió, naturalmente, a su deseo y poco después la dejaba en su piso. Carla le detuvo cuando se disponía a acompañarla.

—Usted siga hacia arriba, Tim. Yo me reuniré con usted dentro de un minuto.

—Algunas veces un minuto puede parecer una vida entera— declaró Tim, súbitamente grave, entrando en el ascensor.

Segundos más tarde entraba en la terraza, lanzando una ojeada hacia la mesa de Sewell y Royce, y cruzaba la pista, hacia su mesa, colocada junto a la balaustrada del edificio, en un rincón.

Webster, entre tanto, había dado la vuelta al hotel y subido a la casa situada delante del mismo por una escalerilla de incendios. Su automóvil quedó al pie de la escalerilla y, al estar en la

azotea, con la pistola en la mano y viendo a Tim, alabóse por resultar todo tan fácil.

Carla bajó al vestíbulo del hotel y, en el mostrador de registro avisó que se marchaba y que reservasen una plaza en el tren de las once para Nueva York. Por lo visto, no era muy sencillo lograrlo, porque el tiempo pasaba sin resultado positivo. Varias personas se detuvieron a hablar con ella y a felicitarla...

No obstante, ella respondía mecánicamente; tenía su espíritu junto a Tim. El amor y el deber debatían en su corazón y cada segundo que pasaba le traía más y más zozobra. No estaba decidida a nada y estaba decidida a todo. Pero debía hacer algo. ¿Qué era lo más importante en su vida?... Se irguió y gritó al empleado, que le avisaba con aire de triunfo que había conseguido reservar la plaza:

—¡Anúlela!—y mandó al encargado del ascensor—: ¡Al jardín de la azotea! ¡Rápidamente!

El baile había empezado en la parte superior del hotel al llegar Carla a ella. Esquivó a las parejas de bailarines y subió los escasos escalones que conducían a la mesa reservada por Tim. Este se levantó al tenerla cerca.

—Temía que usted llegase tarde para la fiesta—declaró el joven.

—Tim...—jadeó Carla— Tenemos que marchar en seguida.

—¿Marchar?... ¿Para qué?—simuló extrañarse Tim.

—Usted corre un grave peligro.

—¿Peligro? ¿De qué se trata?—preguntó él fríamente.

—No se lo puedo decir ahora, pero... ¡por favor, marchémonos!

Tim la contuvo y la cogió por los hombros, haciendo que le mirase de hito en hito.

—Espere... Si usted sabe eso, usted sabe mucho más.

—Sí, yo sé quién es usted—declaró Carla, valientemente.

—¿De veras?—exclamó Tim, sin inmutarse—. También he presenciado la verdad acerca de usted.

Aquella conversación, en opinión de Carla, no tenía utilidad alguna. De un momento a otro podían dar la señal de disparar los fuegos artificiales y Webster no desperdiciaría la ocasión. Carla, no sabiendo qué decir para convencerle, gimió desesperada:

—¡Tim, está usted en una trampa! En parte es obra mía, pero ahora no puedo deshacerla.

—¿Quiere usted decirme quién está complicado en este asunto?

Carla sacudió frenéticamente la cabeza y contestó con triste orgullo:

—No. Al menos, no soy una traidora.

—Podía haberlo supuesto—murmuró Tim—. Pero yo he subido en busca de batalla y no voy a huir de ella.

Carla prosiguió suplicando, sin lograr doblegar su voluntad de permanecer allí. Tenía los ojos llenos de lágrimas, Tim se aproximó a ella cuanto pudo y le preguntó:

—Yo sé que he luchado contra usted tan duramente como usted ha luchado contra mí. Hay una cosa que jamás comprenderé. ¿Por qué hace usted eso?

—Yo sé que no me creará usted, pero... es porque yo...—y exclamó en un apasionado arrebato—, ¡Oh, Tim, porque usted lo significa todo para mí! ¡Por favor, confíe en mí!

En aquel momento se interrumpió la música, hubo un redoble de tambor y el director de la orquesta anunció que se iba a proceder a disparar el castillo de fuegos artificiales. En la terraza frontera Webster salió de su escondite y avanzó hacia la bañaustrada al ser apagadas las luces.

Los primeros estallidos de los cohetes se confundieron con las súplicas de Carla. Después, en vista de que no lograba convencer a Tim, se interpuso entre él y Webster. Este hizo fuego dos veces, fallando la primera; pero el segundo proyectil alcanzó a Carla, que tembló y cayó en los brazos de Tim.

Sewell se precipitó hacia ellos e hizo fuego contra el coronel. Este, con la agilidad de una ardilla, comenzó a bajar por la escalerilla de incendios.

Tim se inclinó sobre Carla, que se había desplomado, y le levantó la cabeza, murmurando antes de que llegasen los alarmados espectadores de la tragedia:

—¡Querida, lo siento! Ahora lo entiendo todo.

—Eso es todo lo que importa—susurró Carla, perdiendo el sentido.

Inmediatamente, Tim contuvo a Sewell, que se disponía a

bajar al callejón trasero del hotel por el mismo camino empleado por Webster y le ordenó:

—Usted cuide de ella. Lívela al hospital y llame al mejor cirujano que encuentre, pero debe ser detenida—y añadió, entregándole la orden de arresto—: Aquí tiene una autorización y no deje que nadie se entrometa hasta que yo vuelva.

Tim procedió con tanta rapidez, que pisó el suelo del callejón trasero en el instante en que desaparecía de su vista la lucecilla roja del automóvil de Webster. Como por arte de ensalmo, silencioso, un auto conducido por un agente federal frenó a su lado. El joven ocupó el valante y avisó a su compañero:

—Telefonee a Tetlow y comuníquese lo que ocurre.

—Bien, Tim. No la pierda.

—No se preocupe—le tranquilizó Tim, implacable como la Venganza.

. . .

El Granero Champlain, hacia el que avanzaba Oliver, «indirectamente» vestido de mendigo, era una construcción maciza, de forma cilíndrica, dotada de muchas ventanas, con los muros recubiertos de hiedra. Empleando el resistente apoyo que le ofrecía esta planta, Oliver escaló hacia una ventana, a través de la cual surgía una débil luz.

En realidad no era una ventana, sino una especie de claraboya, que dejaba penetrar la luz del sol durante el día. Oliver miró hacia abajo y al interior. El doctor Rowan y dos o tres hombres estaban trabajando en un laboratorio; en otra división del granero había tres vigilantes armados de fusiles.

Oliver alzó cuidadosamente la claraboya y saltó al interior, a una especie de galería, que recorría la parte superior del edificio, llevando a una serie intrincada de escaleras, una de las cuales descendía hasta la planta baja. Las conversaciones llegaban apagadas a sus oídos. Entraron unos hombres portadores de unas cajas...

Pasó el tiempo, mientras Oliver estudiaba el terreno. Después, se adelantó de puntillas hacia la escalera. Bajó unos peldaños, pero se paró al oír una fuerte llamada en la puerta.

—Soy el coronel Wenzel—avisó el recién llegado.

Entró Webster en el laboratorio con el doctor y Oliver pudo percibir una conversación interesante.

—Coronel—decía Rowan—, espero que habrá tenido usted una noche de éxito.

—Nada de eso—replicó Webster furioso—. En el último momento Carla destruyó mis planes para librarme de Henley. Salvó la vida de él, poniendo en riesgo la suya.

—Pues, en ese caso, Henley, puede haberle seguido a usted.

—Estoy seguro de que no lo ha hecho, pero vamos a asegurarnos. Envíe algunos hombres al exterior y que hagan un registro.

Mientras Rowan cumplía las órdenes de Webster, Oliver mentalmente dió varios vitores a Carla y Tim. ¡Pobre muchacha!... Tim debía de estar sufriendo y era de esperar que llegase de un momento a otro. Sería un gran refuerzo, siempre y cuando no le atrapasen los hombres mandados por el doctor a escudriñar los alrededores del granero. En todo caso, no estaría de más avanzar un poco por lo que pudiera suceder.

Como había colegido el químico, Tim había seguido a su enemigo hasta el granero, pero teniendo la precaución de dejar el coche a alguna distancia del mismo. Estaba reconociendo el terreno, cuando salieron los hombres que hablan de buscarle. De un salto se subió a un árbol y desde allí observó las pesquisas de los matones.

Regresaron éstos al granero, afirmando que no había nada sospechoso en los cortornos y Tim trepó por la hiedra, siguiendo un camino casi idéntico al recorrido por Oliver. Pero, en vez de entrar por la claraboya, lo hizo por la ventana, deteniéndose en la galería para estudiar la situación.

Oliver se había escondido en la planta baja detrás de un montón de sacos, cerca de una pila de salvado, a unos cinco metros de distancia del laboratorio. Y prestaba atención a la conversación sostenida por Rowan y Webster. Este preguntó:

—¿Cuándo espera que venga a verle el señor Grenner?

—Dentro de una hora más o menos.

—¿Cómo va eso, doctor?

Las palabras de Rowan fueron reveladoras. Tim y Oliver, en sus respectivos lugares, sonrieron.

—Una reacción perfecta, resultado de mi fórmula perfeccionada. La concentración es ahora tan grande como el rádiom, con una afinidad para la gasolina tan poderosa, que cada gota se divide en moléculas e impregna más de cien galones, permitiendo juzgar el tiempo exacto de la acción corroedora. Las fortalezas volantes se habrán ya adentrado mucho en el mar antes de que se descubra nada.

Los dos espías continuaron conversando por aquel tenor. Puesto que convenía a sus proyectos, Tim avanzó por la galería. Uno de sus pies arrojó un montón de polvo al vacío, yendo a caer sobre los guardianes del granero.

Tanto éstos como Oliver levantaron la cabeza hacia la galería. Tim se pegó a la pared. Oliver sonrió, aunque temiendo por la suerte de su amigo. Los guardianes se pusieron en pie y el jefe de ellos exclamó:

—¿De dónde cae ese polvo? Alguien dejó la ventana abierta. Ciérrala, Joe.

Tim cambió rápidamente de lugar, ocultándose en un recodo formado por las galerías y varias escaleras. Joe pasó junto a los sacos en donde el inglés estaba oculto. Una mano salió de la obscuridad, le atenazó por el cuello, dejándole sin sentido. Y Oliver arrastró a su presa a su escondrijo.

Pocos segundos después, el inglés subía la escalera vestido con las ropas de su víctima. Tim continuaba invisible. El jefe de los matones fué preguntado por Rowan si habían llegado más palomas mensajeras de Canadá; llamó el jefe a gritos a Joe, saliendo a un lugar desde donde contempló sin obstáculos la galería. Oliver se pegó a la pared y Tim se escondió más aún. Pero Oliver fué descubierta en la galería por el jefe.

—¡Joe, Joe! —gritó el jefe.

—¿Qué? —respondió Oliver tapándose la boca con la mano para que su voz no les alarmase.

—¿Han llegado algunas palomas a última hora?

Era esto algo que Oliver no podía responder sin delatarse. Por consiguiente, no contestó. Tim se precipitó sigilosamente escaleras abajo y eligió para esconderse el mismo montón de sacos esco-

gido por su amigo. Una vez allí, levantó la cabeza hacia la galería y se quedó boquiabierto al reconocer a Oliver en el hombre del que había estado huyendo.

— ¡Es raro! — se asombró el jefe de los matones al no recibir contestación —. ¡Roy!

— ¿Qué? — preguntó el segundo guardián.

— Tal vez eso no era polvo.

Roy entendió y se encaminó hacia la escalera pasando junto al fatidico grupo de sacos. Tim saltó sobre él y de un golpe en la sien le derribó silenciosamente, arrastrándolo después hacia su escondite.

Oliver estaba en un verdadero apuro. El jefe de los matones se había impacientado ante la prolongada ausencia de sus dos secuaces y, dando un rodeo, subía por otra escalera hacia la galería, llamando sin cesar a Roy y a Joe.

Oliver, con gran preocupación de Tim, estaba acorralado. No tenía escape posible y se aturdió. En lugar de descender por otra escalera, corrió hacia una que ascendía, encontrándose entre la espada y la pared. Estaba acorralado. Si el jefe de los matones continuaba hasta allí, su única salvación residía en la habitación que estaba a sus espaldas, escape, en verdad, muy precario.

— ¿Por qué está usted gritando, Don? — preguntó Webster desde la planta baja —. ¿Qué ocurre?

— Algo malo — respondió el jefe de los guardianes —. Mis dos hombres han desaparecido.

— ¡Pero si no pueden desaparecer aquí! — gritó Webster.

— Pues han desaparecido. Uno de ellos estaba aquí y desapareció y el otro estaba allí y desapareció.

— ¿Ha mirado usted en el aventadero? — indagó Webster.

— No, señor.

— Pues suba a ver.

Don aceptó a regañadientes la orden. Le dominaba un terror supersticioso, producido por la inexplicable ausencia de sus dos hombres en aquel edificio tenebroso. Tragó saliva y pisó los escalones que morían en el aventadero...

El aventadero era el último refugio de Oliver. Abrió la puerta y se ocultó desesperado en él. La linterna de Don le sorprendió

en el rincón en que se había refugiado, después de iluminar el motor de la hélice que servía para aventar.

Con una exclamación de júbilo, Don encendió la luz del recinto, cerró velozmente la puerta y puso en marcha la hélice. Inmediatamente adivinó Oliver el fin que le estaba reservado. En el centro de la habitación había un agujero por donde caían los desperdicios y el salvado que se separaban del grano; si caía por él, como era indudable dada la potencia de la hélice, quedaría enterrado en el salvado y moriría asfixiado.

Luchó, pues, con todas sus energías para conservar el equilibrio y procuró sostenerse en las paredes; pero el aire proyectado por la hélice era superior a sus fuerzas, y cayó, resbaló, fué arrastrado, insensiblemente, hacia el conducto del salvado...

El rugido del motor, que sacudía a todo el edificio con su vibración, hizo salir a los restantes personajes del laboratorio. Webster preguntó a Don el motivo de que hubiera puesto el motor en marcha.

— Encontré a una persona extraña allí.

Webster, Rowan y el químico auxiliar corrieron escaleras arriba. Tim se dispuso a seguirles para acorralarles en la escalera; pero el auxiliar de Rowan se volvió cuando sabía de su escondite... se volvió para recibir en la barbilla un directo, como la coz de una mula, que le dejó inerte antes de que pudiese dar la voz de alarma. Tim, después de quitarle del paso, esperó los acontecimientos.

Oliver había caído ya en el conducto del salvado y, con la velocidad de la caída y la altura existente entre la boca del conducto y su parte estrecha, que desembocaba en la planta baja, junto a los sacos que habían utilizado como escondrijo, empezó a hundirse en la masa blanda, movediza, a cada movimiento que hacía para impedirlo, a tragar salvado, en tanto que luchaba con desesperación.

Webster y Rowan habían llegado al aventadero y preguntaron, al verlo desierto y al advertir que Don paraba el motor, qué había sido del extraño.

— Lo tiré por el conducto del salvado — declaró muy satisfecho.

— ¡Hay seis metros de salvado allí dentro! — gritó Webster —. ¡Se asfixiará!

— No importa.

— ¡A mí, sí, idiota! — rugió Rowan.

— Yo creo que a estas horas ya se habrá ahogado, coronel — dijo Don humildemente.

— Debemos intentar sacarla desde abajo — chilló Webster.

Pero Tim se les había adelantado. Había descubierto la palanca que abría el conducto del aventadero y tiró de ella. Después de un espacio de tiempo, que se le antojó infinitamente largo, tras una verdadera nube de salvado, cayó Oliver. Estaba medio asfixiado y aspiraba aire con avidez. Tim le ayudó a incorporar y le dijo:

— Todavía vivo, señor Oliver.

— Más o menos, señor Henley.

Henley, con un brazo pasado por la cintura de Oliver, se corrió hacia un extremo de la planta baja. Casi simultáneamente, Webster y sus compinches llegaron al lugar en donde desembocaba el conducto del aventadero; el coronel pisó el salvado gritando:

— De prisa, tirad de la palanca. Debemos saber quién es.

Dos hombres se destacaron en la obscuridad empuñando algo reluciente y ominoso con la mano derecha. Uno de ellos hablaba con purísimo acento inglés y les era desconocido; el otro era Tim Henley. Hicieron una reverencia los jóvenes a su asombrada concurrencia y Oliver declaró:

— A sus órdenes, señor Webster. Di recuerdos de su parte al señor Marsden, y Scotland Yard le envía recuerdos a usted.

— Y el F. B. I., al coronel Wenzel — añadió Tim acercándose a ellos —. Vamos, muchachos; tenemos prisa. Debemos encontrar un teléfono y llamar a Canadá sobre aquellos aviones.

Se pusieron en marcha sin ofrecer resistencia, como tampoco la ofreció, al día siguiente, a la hora sacrosanta del desayuno, el señor Grenner, alias barón Groiner, cuando Oliver y Tim le pusieron bajo las narices una orden de detención.

Después de haber practicado estas visitas, Tim hizo otra a Carla, a la que el médico había declarado fuera de peligro. Los dos jóvenes estaban muy pálidos, especialmente Tim, que daba

muestras de gran preocupación, dispada al decir Carla suavemente:

— Ya sé qué me ha arrestado usted. Sí, y lo comprendo. Usted está cumpliendo con su deber. Los dos somos soldados. Usted ganó... ¿nada más!

— Nadie gana de este modo — dijo Tim inclinándose sobre la cama para cogerle una mano —. Pero un día, cuando todo esto haya terminado, se tratará sólo de ti y de mí.

— Sí, querido, y si tu trabajo puede ayudar a traer la paz, es todo lo que yo deseo.

Si, entonces los fantasmas volverían a ser de carne y hueso; ellos dos podrían ser lo que eran en realidad, dos jóvenes enamorados, independientes de las ideas que los trocaban en personas distintas de sí mismos.

Estaba besando Tim a Carla, cuando Oliver se presentó con un magnífico ramo de gladiolos. Se quitó el sombrero y lanzó un silbido de asombro al advertir lo que su amigo estaba haciendo.

— Oiga, es el ataque directo, ¿no? — preguntó.

— ¡Directo a la nariz! — exclamó Tim con doble intención.

Carla intervino con el fin de que Oliver no descubriera el significado de aquella frase y el inglés, besándole la mano, le entregó el ramo de flores. Después se incorporó Oliver y se encaró con Tim.

— Puede que haya algo que decir sobre su método, señor Henley, y una vez siquiera, en cierto modo, voy a adoptarlo.

— Es una gentileza, señor Oliver — dijo Tim indicando el ramo de flores.

— ¡Oh, gracias, señor Henley! Y ahora, indirectamente, no nos queda mucho tiempo para tomar aquel avión.

— ¿Se marchan ustedes? — preguntó Carla con tristeza.

— Sí, regresamos a Inglaterra.

— Yo no puedo librarme de él — protestó melancólicamente Oliver.

Carla sonrió y dejó marchar al hombre que amaba sin protestas, más bien con íntima alegría, pues estaba convencida de que Tim volvería y que ambos serían felices...

En el avión piloto de la escuadrilla de bombarderos que volaba hacia la Gran Bretaña, Tim y Oliver iban conversando amisto-

samente, cuando, súbitamente, el segundo exclamó en tono de acusación:

— Oiga, amigo, usted la estaba besando en la boca.

— Nunca lo he negado.

— Pero yo oí claramente que usted decía «directo a la nariz».

— Eso se lo explicaré indirectamente durante el viaje — le tranquilizó Tim.

Pero Oliver siempre tuvo el convencimiento de que jamás, a pesar de que hablaban en inglés, entendería la jerga de los americanos, lo que, por otra parte, sólo consistía en una cuestión de métodos.

F I N

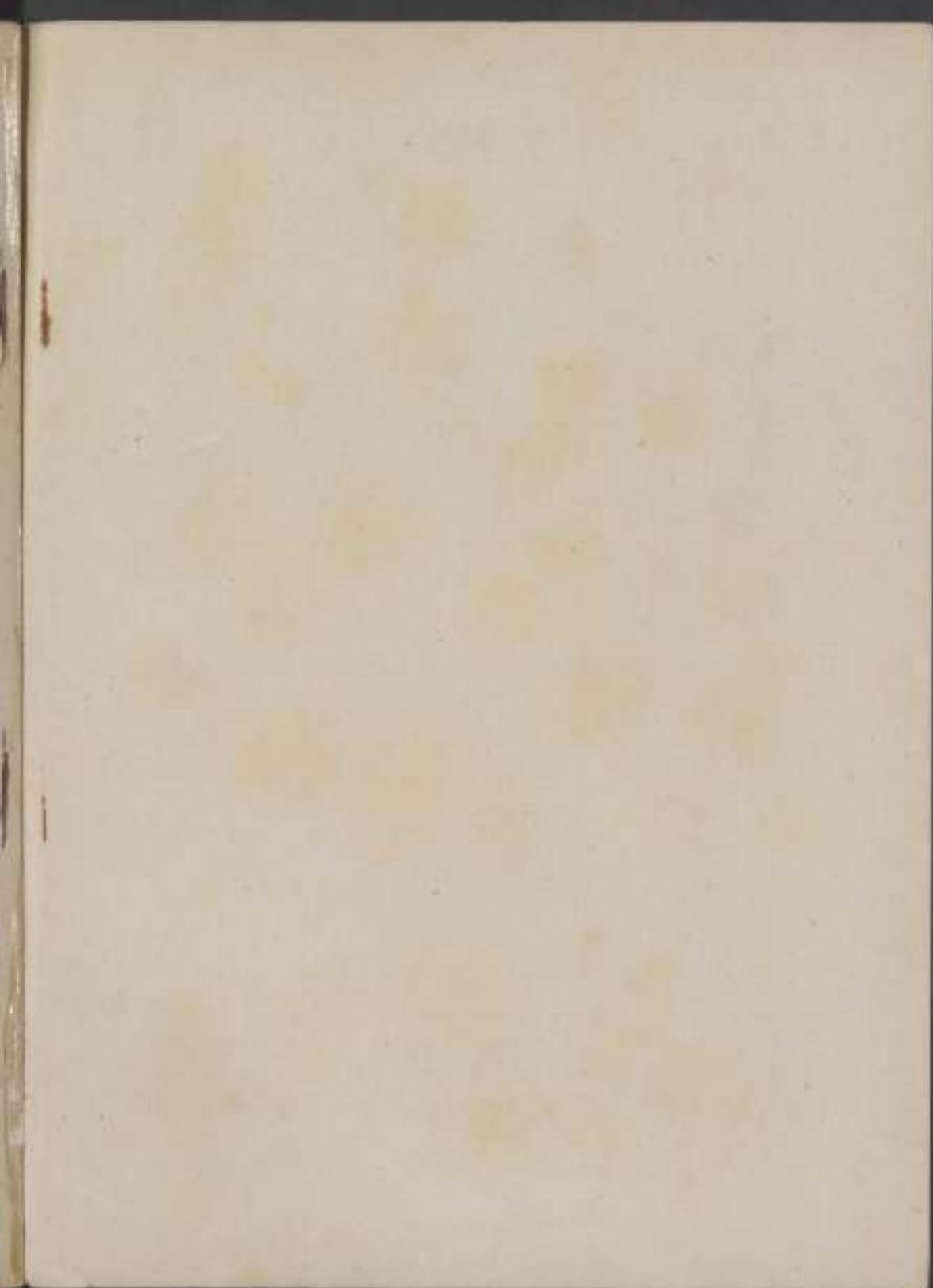
Colección TAN... TAN... 1'50 ptas.

Núm. 1.—Era una gallina tan buena, tan buena, que ponía los huevos con jamón.

Núm. 2.—Era un cazador tan humanitario, tan humanitario, que sólo disparaba a los animales bellos de algodón.

Núm. 3.—Era una ama de casa tan aficionada a las gangas, tan aficionada a las gangas, que fué a comprar un nené y le dieron cuatro.

Núm. 4.—Dedicado exclusivamente a los concursantes.



CANCIONERO

de  Editorial **ALAS**

1' - peseta

PEPE BLANCO
ANTONIO AMAYA
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
JUANITO VALDERRAMA
BONET DE SAN PEDRO
NIÑA DE LA PUEBLA
CONCHITA PIQUER
RAQUEL RODRIGO
CARMEN MORELL



NEGRETE
JUANITA REINA
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
PEPE MARCHENA
LOLA FLORES

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

ANTONIO MACHIN
BONET DE SAN PEDRO
LOS CLIPPER'S



RAUL ABRIL
CANCIONERO ESTELAR
PEPE DENIS

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

3'50 ptas.